

ERRORES

i Georges Renan

Algunos días su
certaire et Anar-
de buena gana
derado.
as me parecen ju-
i. se asombrará
ne han convencido
error.

stato que por
arquista-comunista
arquista-socialista
ctivista, como die
pañoles, ve en
no menos que
anarquistas que
into, son los an-
que dicen: "Vd.
Vd. sabe que es
no hay entre el
ejanza... que la

l estudiar la vi-
amiento natural
os anarquistas, e
ciones espontáneas
lo coordinación
s, esa coordinación
de darnos la impu-
minorado nuestra
egre exaltación
nos sentimos co-
vidualidad-super-
ctiva infinitamen-
podía serlo nues-
al infinitesimal. El
monero del navio
n el mecánico, co-
e, mediante los m-
con los marinos q-
s constructores q-
que han hecho p-
Si algún zambor-
ese orden mara-
mediante amenaza-
nte rebelde, por-
aza disminuyen s-
n grandemente,
en mí en la alegr

la organización
egresiva en prop-
es individuales y
arias que encier-
uena en proporc-
la anima.
ería justo contin-
que usted quis-
o en que la mora-
ada y bastante fu-
se de ser necesar-
poner el respeto
;Y bien! yo co-
modestia que
a nueva y que to-
para mí un insult-
co sobre tal o cu-
de la "libre" Hel-
e multa; la mit

saludos cordial

O RECLUS

LICADOS

LA

PROTESTA

cial en Francia,
unin—Un tomo
rústica, \$ 1.50.

, por Sebastián
de 310 págs.
segunda edición
Estudio y répli-
roso y R. Mella
págs., \$ 1.00
Sebastián Fau-
40 págs. En rús-
 Encuadernado en

I: El Estado.
El Estado mo-
opotkine. Un to-
Rústica, \$ 0.50.
tela, \$ 1.50 —
r sobre la anar-
Fabbri. En rús-
a tela \$ 1.50.—
cionaria, por A.

LA PROTESTA

PORTE PAGO

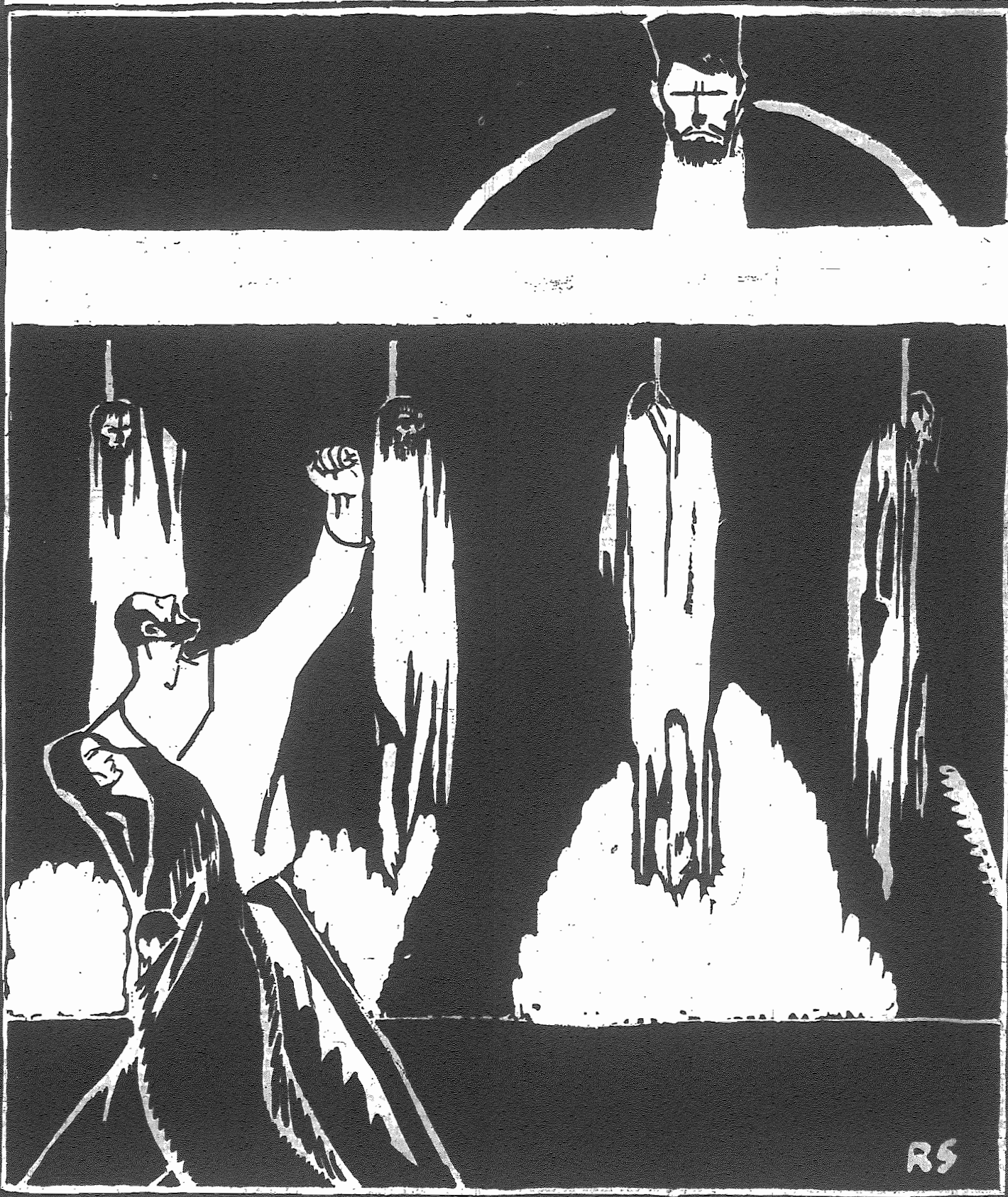
SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente



RS

1887 - 1.º de Mayo - 1925

EL SIMBOLISMO DE UNA FECHA

El 1.º de Mayo tiene para nosotros un significado simbólico. Es el día de la protesta universal, el minuto de parálisis que entumece los músculos potentes del monstruo capitalista, el clamor que recuerda a los amos del mundo el crimen de su avaricia y de su expoliación inmisericorde. Y el símbolo vale por lo que encarna, por la causa originaria que le dió sus contornos trágicos, no por la mistificación de los que transformaron en dogma el ideal que llevó al martirio a los revolucionarios de 1887.

Chicago, con su tragedia, con sus horcas, con su calvario, vale como significación histórica de la epopeya del proletariado. ¿Quién desconoce la fuerza sugestionadora del trágico símbolo encarnado en el 1.º de Mayo? El valor está precisamente en la repetición, año tras año, día tras día, del crimen que consagró este día a la protesta y al dolor de la clase trabajadora de todos los países.

Hay algo más elocuente en el hecho que se rememora, que las horcas con sus badajos humanos y la trágica frialdad de la justicia histórica. La elocuencia de esa efeméride está en la voz de los ahorcados, ahogado en su garganta por el infame dogal que repetirá a través del espacio, del tiempo y de los siglos la maldición de los hombres libres. Spies, uno de los ajusticiados, al pie del patíbulo, en el momento del sacrificio, lo dijo con la trágica elocuencia del último suspiro de una vida que se esfuma: ¡Salud tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy sofocan con la muerte!

Más que las protestas ruidosas del proletariado, de 1887 acá, valorizó la rememoración de la fecha trágica el silencio elocuente de todos los asesinados por los verdugos de la justicia histórica. La voz de los muertos concita a los trabajadores a la defensa de sus derechos y también a la venganza de la perenne afrenta. Y la maldición de las víctimas persigue a los asesinos. Y la sangre de los inmolados en holocausto al monstruo capitalista mancha la túnica de los sayones de la Ley. Y el puñal de los sicarios amenaza de muerte a los ejecutores de cobardes venganzas en el altar de la Democracia.

La voz de los muertos, con su muda elocuencia, llena los ámbitos del mundo proletario, incitando a la lucha a las multitudes irredentas.

En la mentalidad popular el 1.º de Mayo adquiere caracteres religiosos. Hay mucho de mistipismo en esa recordación. Chicago, aunque no posee la fuerza sugestionadora de los antiguos mitos, aparece envuelto en las brumas del pasado. Sus actores, víctimas de una confabulación policíaca, tienen algo de los legendarios mártires del cristianismo: como aquellos creyentes murieron sin abjurar de su fe. Sin embargo, la tragedia es de ayer. Chicago no es un mito. Existe con toda la grosería de su industrialismo, con su insensibilidad de monstruo de hierro y de piedra, con su orgullo de gran ciudad. Y quizás los hombres de aquella fecha hayan olvidado a los revolucionarios de 1887 y la causa que los llevó al patíbulo.

La razón fundamental de la consagración del 1.º de Mayo, en sus diversas interpretaciones, hay que buscarla en lo que tiene de simbólica esa fecha para la clase trabajadora. En el fondo de las protestas vehementes y de los sacrificios heroicos, hay mucho de espíritu religioso que dormita en lo más oculto del alma humana. Hombres de fe, creyentes de la revolución, con ese misticismo que hace fuertes a los hombres en los trances más difíciles, afrontan el sacrificio serenamente, conscientes de su martirio, convencidos de que su muerte hará florecer sobre la tierra estéril las rosas rojas de la rebeldía. Y así murieron, con los ojos fijos en el futuro, de cara al sol, los hombres de Chicago.

Parsons, en el momento de entregar su cuello al verdugo, pronunció este viril apotegma:

¡Y qué justicia es la vuestra, que lleva a la horca a hombres a quienes no se les ha probado ningún delito? La acusación, en aquel momento supremo y en boca de un hombre que afrontó sereno la muerte,

vale por todas las protestas. Lingg, otro de los ahorcados, lejos de conceder autoridad a sus verdugos, exclamó indignado: *Os desprecio, desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestras fuerzas y vuestra autoridad... ¡Ahorcadme!*

El símbolo que representan las horcas de Chicago tiene significados distintos e interpretaciones antagónicas en las diversas escuelas filosóficas del proletariado. Los socialistas convirtieron la tragedia en un festival litúrgico. Llamaron *fiesta del trabajo* a una fecha que recuerda uno de los crímenes más alevesos del capitalismo. Pero esa consagración no puede ser aceptada por los anarquistas. Nosotros reivindicamos el origen simbólico, en su trágica realidad, del 1.º de Mayo, el día de la protesta universal. Y al reivindicar esa fecha, salvamos del olvido a los mártires que en Chicago, en 1887, perdieron su vida por defender la causa de los explotados, escarnecidos y humillados trabajadores.

Si la fecha que hoy rememora el proletariado tiene para los anarquistas el valor de un símbolo — si responde al primitivo origen de la tragedia de 1887 para quienes no siguen la corriente del reformismo, que borra de la conciencia popular las sangrientas huellas de la tragedia de Chicago —, en cambio para los socialistas el 1.º de Mayo es una festividad más del santoral cívico-religioso. Los gobiernos, desaparecido el carácter revolucionario que tuvo esa protesta universal de los oprimidos, reducidas las proporciones de las primeras jornadas recordatorias del crimen jurídico de la plutocracia yanqui, buscan la forma de atemperar los últimos exponentes de indignación colectiva.

El socialismo supo encontrar la fórmula legal de la protesta de Mayo. Comenzó por olvidar las horcas de Chicago, el símbolo de la tragedia de 1887, el origen de la fecha consagrada por el proletariado consciente a la recordación de todos sus infortunios.

Ya hace bastantes años que la socialdemocracia llama "fiesta del trabajo" al que es día de recordación y de protesta. Año tras año, con regularidad cronométrica, los partidos socialistas de todos los países organizan sus desfiles callejeros, exponentes de disciplina y pasividad. Y el trabajo se paraliza el 1.º de Mayo por hábito, porque así lo estableció la costumbre, no porque los trabajadores impongan esa parálisis al monstruo capitalista. ¿Qué valor tiene esa farsa litúrgica, esa mascarada plebeya, que no traduce en un acto de energía la honda tragedia del proletariado?

A medida que el tiempo transcorre, menos valores revolucionarios exterioriza esa "fiesta del trabajo". El empeño de los anarquistas por reivindicar el trágico simbolismo de las horcas de Chicago, se malogra frente al extravío colectivo y a la grosera deformación del hecho histórico que dió margen a la protesta del 1.º de Mayo. Los socialistas buscan la consagración legal de esa efeméride. El reformismo político y sindical opta por recomendar calma y disciplina a la masa obrera. Y sólo nos ofrece el proletariado la caricatura de episodios ya olvidados: de estas heroicas que dieron a la burguesía ejemplos de voluntad y energía vanamente reprimidos con el terror y la violencia.

Las manifestaciones de ahora no ponen una nota de inquietud en el ambiente chato de la época. La burguesía contempla tranquila y satisfecha los desfiles callejeros que terminan con ditirámicos y apologéticos discursos. No pende sobre la cabeza de los mandones la viril protesta de los oprimidos. Panurgo reune sus carneros, los adiestra para el desfile, los presenta en su manso regocijo de bestias satisfechas. Y la agria protesta queda ahogada por ese rumor de manada que aña la vuelta al redil.

He ahí el ideal del socialismo de Estado. Logró desvirtuar el origen del 1.º de Mayo y consagrar una fiesta de esclavos

en nombre de un crimen jurídico. Ahora busca la fórmula legal que quite a la fecha todos los motivos que la hacen simpática para los anarquistas: proyecta la oficialización de la protesta proletaria en nombre de la concordia social.

Los gobiernos saben que declarando fiesta oficial el 1.º de Mayo, desaparece todo motivo de protesta. La costumbre impuso ya esa fecha como día de holganza. Falta sólo que el Estado se asocie a ese festival mediante una declaración que la legalice. Y esa es una de las preocupaciones legislativas de la socialdemocracia, que reivindica para sí la gloria de haber despejado del horizonte social el peligro de las perlocidas subversiones del proletariado que sabe recordar el crimen de 1887.

El socialismo criollo festejará este año con doble regocijo la "fiesta del trabajo". La municipalidad de Buenos Aires, a iniciativa de un concejal socialista, designó con el nombre de 1.º de Mayo una plaza de esta ciudad, y el Poder Ejecutivo decretó ese día feriado en toda la república. He ahí, pues, consagrada la fecha histó-

rica de los trabajadores. La burguesía asocia al regocijo populachero aplauso a esa designación. ¿Qué motivos de protesta nos puede ofrecer ya esa fecha recordatoria? ¿En qué forma podremos anarquistas dar realidad a un símbolo que no expresa en la conciencia por sus primitivos valores? ¿Cómo podremos materializar la gesta revolucionaria no palpa en ambientes ganados por oportunismo de unos y la cobardía de otros?

Debemos intentar una valorización del 1.º de Mayo, volviendo al origen histórico de esa fecha consagrada a la protesta proletaria mundial. De lo contrario, sería preferible renunciar a la consagración de un día que sólo nos ofrece un ponente de vileza, de ciega idolatría indigna manseadumbre.

Los anarquistas no podemos aceptar esa "fiesta del trabajo", consagrada a la ley y perpetuada en el nombre de plaza pública. Hay que poner fin a la saga del socialismo y a los grotescos cultos que organizan el 1.º de Mayo los del reformismo político y sindical.

LOS IMPERATIVOS DE LA HISTORIA

Se ha dicho que el primer hombre que clavó el primer hito, asignándose el derecho de usufructuaria: el primer trozo de suelo, estableció la injusticia en el mundo, planteando la lucha fratricida entre la especie. La propiedad natural, adquiriendo formas de uso privativo, daba nacimiento a la esclavitud de los desposeídos, a quienes faltó fuerza o astucia para producir el hecho material de la ocupación de la tierra hasta los límites que le dictara su necesidad o su egoísmo.

No corresponde a este trabajo, destinado a sintetizar el problema que agita el pensamiento contemporáneo — el del pan y la libertad — reseñar el proceso histórico que elaboró el presente sistema social mediante las formas de despojo del hombre en perjuicio de su semejante. Estas debieron fundarse sin duda en los principios morales de cada época, pues ha sido siempre tendencia del hombre el proclamar como justo lo que más ha convenido a su propia existencia. Aun no siendo improbable que en los albores de la vida humana, el sentimiento de la solidaridad fuera entre sus componentes ya una manifestación rudimentaria, faltaron condiciones para desarrollarlo ampliamente, en un medio desprovisto del concurso de todo elemento que permitiera a las primitivas generaciones subsistir sin lucha de los individuos entre sí, de la cual debieron resultar vencidos y vencedores, dando lugar a las corrientes de odio que aun perduran y nos mantienen en guerra perpetua, a pesar de las portentosas conquistas que el esfuerzo humano ha logrado, más que suficientes para asegurar el bienestar de la raza. El bien propio se ha convertido en dogma venerado sobre los altares de la superstición para pedir a la divinidad el perdón de culpas íntimas, mientras los infortunados, por su parte, buscaban consuelo a sus dolores en las esperanzas de una vida ultraterrena, edénica y paradisíaca. Los impenetrables misterios del Cosmos contribuían poderosamente a afianzar las creencias en lo sobrenatural, fructuosamente aprovechadas por los que tenían necesidad de fundar en algún derecho su situación de privilegio, estableciéndose así los principios de una ética sobre bases eminentemente convencionales, que aun perduran. La violencia no debió ser el mejor expediente para imponer el derecho al parasitismo en tiempos preteritos, cuando su ejercicio demandaba peligros que más tarde han sido olvidados con la invención de los instrumentos de muerte. Correspondió a la superstición obrar el prodigio de la sumisión de los pueblos a los usufructuadores de sus esfuerzos, que con el uso de la propiedad adquirieron también el patrimonio de las personas a quienes ese uso estaba vedado.

Sintetizando: los males sociales tienen su origen en el afán de conservarse por parte de la especie, obediendo al instinto y no a la razón. Las proyecciones del error primitivo iban a extenderse a través de un ciclo inmenso de la historia, ocasionando esta contienda actual en que el

hombre está empeñado y a la cual no tan dar solución, cada vez con más debilidades de éxito. Las nuevas condiciones de vida, alentadas fervorosamente por una porción de seres justos, que quienes el tiempo no ha transcurrido vano, habiendo recogido de sus horribles más vastas enseñanzas para dar la voluntad a crear un medio social compatible con las aspiraciones humanas, biamente interpretadas.

La confianza en la capacidad creadora del hombre, alienta ese postulado. Atras de ser por esa condición, superior a la acelerada otras especies, la raza se hubiera en el guido en ese rudo combate por subsistencia a través de las edades. Es éste el absurdo momento más firme en que se asentaron con pensamiento emancipador.

La cuestión social, pues, no la han teado ni los primeros esclavos que a Roma se insurgieron con Spartaco, ni campesinos que en 1838 se amotinaron para reclamar la supresión de los derechos feudales. Es tan antigua como la fortuna de los hombres.

Por supuesto que el sentimiento de justicia no ha sido siempre patrimonio de las clases oprimidas, pero existían los motivos llamados a despertarlos. Sin la tendencia a amar, característica de los hombres, absolutamente distinta a la de los animales, ese sentimiento no hubiera fructificado. Por eso el actual movimiento reivindicador de derechos obedeció a imperativos del alma que a razas científicas. El cientifismo de Marx constituye un pesado nada en las acciones del proletariado, destinadas a mejorar su suerte de indole exclusivamente material. Nos extraña a los verdaderos motivos que impulsan el movimiento actual de las masas, en que el sentimiento tiene una influencia decisiva. Lo revela el hecho de que no sólo las clases sufrientes imbeciles, por sen la guerra social, pues han estado en el servado a los pensadores formular teorías del futuro. Y esos no pertenecen al pueblo, flagelado por las infortunias de la época, en casi su totalidad de dolor de las muchedumbres apenas movió de motivo de inspiración a los filósofos para desentrañar las causas del sufrimiento y oponerle su correspondiente remedio. Con dar curso a su indignación todos los maltratados por el régimen, no resueltas el problema vital de su libertad, solución corresponde a las ideas. La satisfacción de la necesidad puede desearse el deseo de venganza, pero carecerá de pre de fuerza creadora. Con todo lo perfecto que sea el pensamiento de la humanidad, período histórico, constituye la verdadera fuerza propulsora del progreso. La actualidad puede observarse ese fenómeno en las manifestaciones del pensamiento obrero. Quienes bajo la bandera de unos principios, quienes bajo la de otros se han impuesto la necesidad de cambiar el sistema. El hecho de que a nas tendencias se añadan su respectivo lote de victos ajenos, no niega la existencia de una personalidad colectiva de aquellos cuyos destinos han dependido

tores. La burguesía
populachero aplaude
¿Qué motivos de
recer ya esa fecha
é forma podremos
salidad a un sim
la conciencia pop
res? ¿Cómo podr
ta revolucionaria
ientes ganados p
nos y la cobardía



una valorización
do al origen hist
rada a la protest
al. De lo contrari
nciar a la cons
sólo nos ofrece u
de ciega idolatría
re.
no podemos ac
ajo", consagrada
en el nombre de
que poner fin a la
a los grotescos d
1° de Mayo los
fítico y sindical.

HISTORIA

do y a la cual in
da vez con más
las nuevas con
tadas fervorosam
e seres justos.
o ha transcurrido
gide de sus hor
efortanzas para d
un medio social
aciones humanas
das.

ese postulado. A
de ese principio se marcha hoy
on, superior a la aceleradamente que nunca, aun por
za se hubiera esma de los charcos de sangre que la
ombate por substra proyectara.

Es éste el fútil absurdo creer en la victoria de la n
que se asentación con carácter definitivo. Nunca
poderes estables y mucho menos po
pues, no la han p
cia a renovar la vida bulle con fuer
ncontentible. Ya no les resta nada que
nizar a las clases conservadoras. Los
mas religiosos pasaron a la historia;
nacionalistas sufrieron un golpe rudo
la última hecatombe internacional, y
los políticos no fían sino los que de
viven. Se ha erigido un ideal su
mpre patrimonio en la conciencia de los hombres
pero existían revalace contra las más reacias borras
despertarlos. Sin de la reacción. El espíritu nuevo late
característica de más puljanza, cuantos mayores es
ante distinta a los zos se realizan por contenerlo. El
timiento no hubio marcha aún en período como éste.
el actual movimie parece estancado por las vallas
erechos obedec
estas en su ruta.

El sentimiento de
empre patrimonio
pero existían re
despertarlos. Sin
característica de
ante distinta a
timiento no hubio
el actual movimie
erechos obedec
estas en su ruta.
alma que a raz
ismo de Marx n
acciones del pro
jamás el imperio de las necesidades,
mejorar su suerte
mente material
cualquier sistema de convivencia
eros motivos que
Nos referimos a aquellas de índole
o actual de las
rial que consisten en la nutrición,
miento tiene un
brigo y demás.

revela el hecho
he ahí también una función que da
es sufrientes im
pues ha estado
en su doble aspecto de productora y
adores formular
dora.
esos no pertene
eso importa mucho saber por qué
lado por las inf
infortunados, pero mucho más co
casi su totalidad el modo de ser felices, hasta donde
mbres apenas si
sro mundo emocional lo exija.
piración a los n
examen del problema social pone a
las causas del
ra vista los errores históricos en
spondiente rem
la humanidad incurriera: la idea de
ndignación to
onarío en la forma reclamada por
régimen, no res
idades del alma, que tienen carac
de su libertad
de eternas y sirven de móvil a toda
a las ideas. La
idad superior de los hombres, sur
puede desencar
el pensamiento elaborado con ele
pero carecerá
los extralidos de la realidad.

ra. Con todo lo
ro quien fertiliza esos páramos de la
humana, no es la doctrina de la his
nstituye la verda
ese dogma proclamado como el im
del progreso. Es
ivo categórico de todas las acciones
servarse ese feno
individuo, sino el individuo, impo
lones del pensa
ose a su época.
me M. G. G. G.
A. J.

LOS PROBLEMAS DEL ANARQUISMO

Métodos de propaganda y de actividad

Lo que más se discute hoy en nuestro campo, es la metodología del anarquismo, tanto en lo que representa como doctrina como en lo que expresa como movimiento. Se puede decir que las teorías, por lo que representan abstractamente, están subordinadas a las tácticas de lucha que las hacen valederas y accesibles a la mentalidad del proletariado. Y sería vano empeño pretender que el anarquismo, como caso excepcional, siguiera al margen de las nuevas corrientes espirituales que conmueven los cimientos del viejo mundo y transforman los conceptos históricamente consagrados por anteriores experiencias.

Es indiscutible que el anarquismo está frente a una multitud de circunstancias que imposibilitan su desenvolvimiento. Resuelto desde hace medio siglo, para los anarquistas, el problema del Estado (nos referimos a la concepción que extraemos de la sociología respecto al origen de las organizaciones sociales que culminaron en el régimen capitalista), definida la conducta de los militantes en lo que respecta a la lucha contra el principio de autoridad y de dominación, nos encontramos frente a otras contingencias derivadas del mismo problema. Basta con llamarse anarquista y con profesar el culto de la libertad, para que el anarquismo defina un movimiento capaz de crear nuevos valores en la conciencia colectiva. ¿Es suficiente el concepto filosófico que expresa la negación de toda autoridad, divina o humana, para que los pueblos encuentren instintivamente el camino de la redención, que posiblemente extravió la humanidad en su remoto origen?

Para nosotros, la teoría pura no consigue animar los espíritus, agobiados por el peso de seculares servidumbres. De ahí que busquemos en las ideas la forma de expresar lo que no puede por sí mismo descubrir el instinto del hombre. La guerra europea planteó el problema de la diferenciación en las diversas corrientes del socialismo. Puso en beligerancia fuerzas que, por coincidir únicamente en el método de actuación, descubrían en sí una profunda divergencia de interpretaciones, de sensibilidad y de cultura. Y surgieron, como consecuencia del trasfuego moral originado por la tragedia, los partidarios de la guerra necesaria, por odio al imperialismo germano — que era la exteriorización más violenta y brutal de la civilización cristiano-capitalista —, guerrillismo este que se basaba en el hecho de que el triunfo de la democracia supondría una mayor posibilidad para el posterior triunfo de las ideas emancipadoras.

Frente a aquel fenómeno de desintegración de la doctrina socialista, fue necesario recurrir a un método de deducciones e interpretaciones del anarquismo para definir la conducta de los anarquistas no intervencionistas frente a la guerra. Y el choque de opiniones se produjo inevitablemente, ya que no era posible reconciliar el guerrillismo de unos y el pacifismo de otros. Anarquistas eran los guerrilleros y los antiguerrilleros. No es el caso de discutir ahora la sinceridad de los hombres que, al tomar partido por lo que calificaban el menor de dos males, se esforzaban en arrastrar a todo el movimiento anarquista a la beligerancia. Pero sí podemos formular esta pregunta: ¿quiénes fueron más consecuentes con el anarquismo? Los hechos se encargaron de dar su sanción, puesto que constatamos hoy que el germen del imperialismo no fué eliminado y, por el contrario, nuevamente pende sobre los pueblos la amenaza de una nueva y más sangrienta carnicería.

Después de aquel acontecimiento universal, un nuevo hecho de transcendencia vino a provocar la duda en unos y un vuelco completo de opinión en otros. La revolución rusa se nos presentó como una bella realidad. Vimos en el pueblo más fieramente azotado por la tiranía y el despotismo seculares la anunciación del nuevo día. Y el anarquismo se conmovió bajo el impulso generoso de los hombres

que deseaban emular a sus hermanos de Rusia.

El fenómeno de aquel contagio colectivo que parecía arrastrar el mundo a la revolución inevitable... tiene su lógica explicación. Obró el impulso, la generosidad, el espíritu de lucha de los hombres sobre lo que tiene de reflexivo y consciente todo movimiento de ideas. Fué el corazon el que dictó a la conciencia el imperativo de las horas agitadas y turbulentas. Era el instinto de la masa el que trazaba normas de conducta a los hombres que saben ver en el fondo de los optimismos el germen del fracaso.

Pero el anarquismo no podía entregarse a esa lucha puramente instintiva. Debíó reaccionar, no contra la fé revolucionaria del proletariado, sino más bien contra los que se aprovechaban de las fuerzas obreras para torcer el camino de la revolución y hacerla servir a sus fines políticos.

El proceso de la revolución rusa tiene su período de franco y generoso sentimentalismo, que abarcó en sí todas las energías y todas las voluntades revolucionarias. Pero, traspuesta esa etapa, entraron en beligerancia los motivos elementales de la obligada divergencia entre marxistas y anarquistas. Un partido político, disfrazado con frases subversivas y programas radicales, tomó en sus manos la dirección revolucionaria y estableció el imperio de una dictadura. Se restauraba así el Estado destruido por la revolución, entraban en vigencia nuevas leyes, calcadas sobre viejos códigos y volvían a imperar las que intentara destruir el proletariado con su gesto heroico. Y los anarquistas vieron en esa tergiversación de los hechos el fracaso de todos los esfuerzos realizados y el desvanecimiento de las esperanzas en el instinto creador de las masas trabajadoras.

Frente a la nueva situación, a la crisis moral derivada del ensayo bolchevique, la lucha surgió en nuestro campo, principalmente como un movimiento de reacción contra las ilusiones del bolchevismo. En nombre de las ideas anarquistas pretendieron los ex libertarios conversos a la religión de Moscú justificar los errores y desviaciones del partido dominante en Rusia. Y fué necesario, una vez más, emplear un método nuevo de interpretación del anarquismo para demostrar que los pregoneros de la dictadura y del Estado obraban por oportunismo y en consecuencia transgredían los fundamentos de nuestra ideología.

Existe una ligazón espiritual en los hechos acaecidos en estos últimos años. El guerrillismo de unos, el bolchevismo de otros y el posibilismo de los últimos "reformados", representan una unidad indisoluble: son el reflejo de una tendencia reformista desarrollada en nuestro campo bajo el disfraz del anarquismo, pero completamente identificada con las teorías de Marx y su descubrimiento "científico" del materialismo histórico.

Los guerrillistas no alegan hoy su pretendida visión profética. Tampoco los anarco-bolcheviques pueden seguir representando la comedia de la dictadura obrera y del Estado puente... para pasar del capitalismo al comunismo. Esos dos errores de interpretación del fenómeno revolucionario determinados por los últimos acontecimientos, están extirpados del movimiento anarquista. Pero la tendencia marxista cuenta con adeptos en nuestras filas y se mantiene en el movimiento revolucionario gracias a un nuevo disfraz: el posibilismo, viciosa desviación de la tendencia neutra que ahora defienden los sindicalistas en su oposición a todas las doctrinas históricas...

En los métodos de propaganda está la definición del anarquismo. Los que hoy resucitan viejos pleitos personalistas y plantean divergencias de actuación y de procedimiento, sin atreverse a definir su propia norma de conducta, no serán marxistas en toda la acepción de la palabra. Mas es fácil descubrir en ellos la herencia de Marx: son, como el creador del internacionalismo de la calumnia, opor-

tunistas, chismosos, inconsecuentes, contradictorios, pequeños de alma y bajos de instintos.

Para combatir esa herencia del marxismo, debemos imponernos un método de actuación y de conducta, desplazando de nuestro campo a los elementos que pretenden desconocer todo freno moral a sus impudicias y toda sanción responsabilista a sus frecuentes volteretas y transgresiones.

...

Mientras persistan los teorizantes en su empeño de hacer de la doctrina anarquista un dogma y confíen a la gestación de las ideas la única probabilidad revolucionaria, el proletariado estará expuesto a toda clase de engaños y a sufrir frecuentes desviaciones. De igual modo, la creencia de que la revolución se prepara desde los grupos conspiradores o surge bajo la presión de una minoría — casi siempre extraña a la masa que se pretenden lanzar a aventuras que no entienden — esteriliza las mejores energías del anarquismo y provoca amarguras y decepciones en los más impacientes y entusiasmados. Y es esa falta de método, ese evidente contraste de los teorizantes y los hombres de acción, esa falta de equilibrio en las ideas — ya que se interpretan como puras abstracciones o como simples ejercicios de violencia sistemática — uno de los principales factores que hasta hoy impidieron a los anarquistas llegar a ser una potencia subversiva.

Entre el que teoriza sobre posibilidades revolucionarias que en ningún momento considera de actualidad y el que ve en cada perturbación política o económica la oportunidad de lanzarse a la calle para provocar una revolución, existe bastante diferencia. Anarquistas ambos, ¿cuál es el que mejor interpreta las ideas? Difícil sería dar a esa pregunta respuesta satisfactoria. Pero es indiscutible que el anarquismo inspira ambas posiciones individuales y determina a la vez esas dos tácticas divergentes. El problema, pues, consiste en armonizar en una común metodología esas dos corrientes del activismo revolucionario. Hay que establecer, de ser posible, el integralismo anarquista: un punto de ligazón entre los teóricos que niegan la eficacia de las luchas de carácter económico y los activistas empeñados en realizar en cualquier momento y circunstancia las teorías sociales más avanzadas.

Con frecuencia oímos decir a los militantes de nuestro movimiento que se da demasiada importancia a la propaganda culturalista. A esto replican los que consideran que la pureza del ideal se marcha con el contacto de las masas y pierda de su valor espiritual en la práctica de luchas inspiradas en móviles económicos. Y pocas veces, frente a un acontecimiento que obliga a la reflexión a los que en realidad desean contribuir con su capacidad a la causa del proletariado, logramos poner de acuerdo las teorías con la práctica del anarquismo.

Nosotros vemos en esa contradicción de opiniones, la falta de un método para la actividad anarquista. Alguien ha pretendido ofrecer un programa y una disciplina, basándose en que la propaganda libertaria no contemplaba los acontecimientos revolucionarios desde una base política, esto es, teniendo en vista la posibilidad de que los anarquistas hicieran "su revolución". El programa sólo puede conducirnos al estatismo, que también ahora se disfraza con el nombre del proletariado. Pero el método de propaganda y de acción es sólo un medio para coordinar esfuerzos y evitar que el anarquismo se esterilice en polémicas doctrinarias o en movimientos esporádicos surgidos al calor de pasajeros entusiasmos.

Es fácil constatar en la propaganda anarquista una estrecha sujeción a los fenómenos revolucionarios ocasionales. Los grupos de afinidad, cerrados a cal y canto a toda infiltración de la masa obrera,

pretenden en un período de agitación ampliar sus actividades al pueblo y hasta llegan a intentar movimientos insurreccionales con la cooperación espontánea del proletariado. Pero si previamente los grupos no se identifican con la clase obrera organizada, si no se compenetran de la situación de los obreros capaces de materializar un propósito revolucionario, si no han hecho obra proselitista en las organizaciones que abarcan centenares y miles de posibles combatientes, ¿cómo pueden los anarquistas tomar la iniciativa de un movimiento popular y orientarlo de acuerdo con sus ideas?

He aquí una cuestión que muy pocos militantes se detienen a considerar. Se cree que el pueblo acepta instintivamente la fórmula revolucionaria más avanzada, y hasta se habla del anarquismo como de una facultad innata de todos los oprimidos y explotados. Y sucede siempre que las revoluciones toman el cauce de la política y se esterilizan en la inútil tarea de cambiar de gobernantes, porque son los políticos los más identificados con el pueblo y los que hablan a los trabajadores el lenguaje engañoso de las fáciles conquistas.

La intervención de los anarquistas en los movimientos subversivos careció hasta ahora de verdadera importancia. Se dieron muchos ejemplos de heroicidad y sacrificio. Quedaron los principios por encima de la nefasta labor de los oportunistas y de los claudicantes. Esa sería una preciosa lección para los trabajadores, si no acarrear a la vez una serie de trastornos para los propagandistas que se mantienen fieles frente a todas las derrotas. Mas, ¿no es un hecho indiscutible que la reacción, ya sea burguesa u obrera, toma por blanco al anarquismo, que queda reducido a los pequeños cuadros y hasta disminuido en sus contingentes, después de la batalla librada con las fuerzas conservadoras siempre triunfantes?

Naturalmente que no es posible evitar esas contingencias y poner nuestro movimiento al abrigo de las reacciones que continuamente nos diezman. Pero al menos podría el anarquismo contar con una fuerza de opinión en el proletariado, la que le permitiría sobrellevar la carga en los momentos más difíciles y hasta hacer frente a los partidos victoriosos. ¿Es posible llegar a esa identificación de los anarquistas con la clase trabajadora organizada? Nosotros creemos que sí.

ACTUACION ANARQUISTA EN EL MOVIMIENTO OBRERO

No pretendemos haber hecho ningún descubrimiento en materia de sociología. Tampoco nos creemos los poseedores de la fórmula única que habrá de servir a los anarquistas para fundamentar su táctica en el movimiento revolucionario. Recogemos simplemente la herencia del anarquismo proletario — que en la Argentina prevalece a toda otra modalidad de las teorías que nos llegan por las rutas del Atlántico o del Pacífico —, para aclarar en lo posible sus fundamentos y reivindicarlo del olvido en que lo tienen los militantes europeos, actualmente enredados en abracadabrantes problemas metafísicos.

Consecuentes, pues, con la conducta que nos hemos trazado, y hasta que las razones ajenas no nos demuestren que estamos en error, sostendremos que ninguna manifestación de voluntades y de energías concordes en un propósito común demuestra tan claramente la potencia revolucionaria de un ideal como la que ha exteriorizado el movimiento obrero. Por ineludibles necesidades, por su condición de clase explotada, el proletariado está en situación de definir la guerra secular de los pueblos contra las castas privilegiadas y gobernantes. Y es gracias a la concurrencia del factor económico, a las explosiones de rebeldía colectiva, que las tendencias políticas e ideológicas toman cuerpo en la conciencia del asalariado y lo predisponen a acciones que van más allá de las necesidades inmediatas.

Volveremos a repetir lo dicho en muchas ocasiones, aunque resulte monótona esa repetición de conceptos que alguien califica de viejos y rutinarios. Para los anarquistas, el sindicato es un medio de acción revolucionaria: el vehículo natural para la difusión de las ideas y el instrumento de lucha que las ajusta a la realidad de un movimiento histórico. Es, pues, como anarquistas y no como sindicalistas, que nosotros actuamos en el movimiento

obrero, no para ventilar disputas en torno a la tabla de salarios, sino principalmente para despertar en la conciencia de los trabajadores los valores espirituales que existen en estado latente. El renunciamiento por nuestra parte al papel orientador y definidor que el anarquismo representa en todos los órdenes de la actividad humana, nos conduciría al campo político y a la pendiente resbaladiza del reformismo. De ahí que sostengamos la necesidad de llevar nuestras ideas a los gremios, aun cuando sean motivo de divergencia con las fracciones políticas refugiadas en el neutralismo para mejor imponer su dictadura sindical al proletariado.

Nuestros esfuerzos por orientar al anarquismo en ese sentido, lograron óptimos frutos en este país. Pero el movimiento anarquista, teóricamente identificado en todos los países, no logró aún un punto de convergencia internacional. Se puede señalar una orientación general respecto a los conceptos teóricos, a las ideas básicas — la crítica a las institu-

ciones sociales y la negación del Estado, de la autoridad, de la ley, etc. — y la oposición al reformismo parlamentario y a la táctica del sindicalismo marxista. Pero, en la práctica y en la actuación de las ideas, no existe una norma que nos permita precisar las orientaciones del anarquismo en cada país.

Se comprende que nosotros, al sostener la necesidad de llegar a la identificación del anarquismo en el movimiento obrero, no abogamos por la uniformidad. No creemos en fórmulas consagradas ni en cataplasmas milagrosas. Entendemos que el valor esencial del anarquismo está en su variedad de matices, en la multiplicidad de interpretaciones, en el universalismo de su movimiento. Queremos únicamente discutir una forma de expresión o de actividad que logre poner de acuerdo a los anarquistas en el plano internacional. ¿Es posible aceptar esa divergencia de interpretaciones de un hecho real, positivo y tangible como es el movimiento

obrero? En ese terreno no pueden dividirse teorías — ya que los anarquistas no ven en los sindicatos otra cosa que la manifestación histórica de la lucha social — y si únicamente conceptos tácticos que, por estar subordinados a posteriores actuaciones y orientaciones, exigirían una revisión total de las actividades específicas de los núcleos revolucionarios en el movimiento obrero.

Por oposición al bolchevismo, que entabló una disputa teológica (una gresca política más bien) en el campo obrero gremial, los anarquistas llegaron a considerar a los sindicatos como la piedra angular de la revolución. Lo malo no está en que nosotros demos preferencia al factor económico en momentos propicios a la exteriorización del descontento popular; el error táctico de que venimos hablando está en entregarnos por completo al sindicalismo, asimilándonos la mentalidad clasista predominante en el movimiento obrero y circunscribiendo nuestra acción al fortalecimiento material de las organizaciones proletarias. De esa en-

de superar la etapa de un proceso activo indeterminado. De ahí que recalcamos toda definición doctrinaria o política sosteniendo como único programa la unión de los trabajadores para la lucha contra el capitalismo.

Podemos aceptar los anarquistas las conclusiones que ligan todo el programa de la revolución a la pretendida "ciencia materialista" inventada por Marx. De aceptar esa premisa, declararíamos hecho la falta de motivos para sostener divergencias de doctrina con los sectas marxistas que actúan dentro o al margen del movimiento obrero.

Para situarnos en la esfera de acción del movimiento obrero, es preciso establecer previamente un punto de contacto con la clase trabajadora. Realizables de empuje, normas de conducta, quienes en el campo se niegan como anarquistas a mantener la táctica del neutralismo político? De los sindicatos salieron la mayoría de los sirvientes del capitalismo que se ofrecen a jefes obreros. Con el apoyo de millones de trabajadores, engañados por quienes les exigen el sacrificio de sus ideas particulares a pretexto de que así se benefician los intereses colectivos, operan en el campo político de Europa — en la Internacional de Amsterdam y en el apéndice obrero de la Liga de las Naciones — cómplices conscientes de la carnalidad mundial, convertidos ahora en los vendedores de la paz y del equilibrio capitalista. ¿Qué vale, que representa, qué puede predicar de los teorizantes del anarquismo contra esas desviaciones de la masa obrera, si los "grupos de afinidad" se vuelven al margen o por encima de las organizaciones proletarias? ¿Qué influencia pueden ejercer en las corporaciones ganadas por los políticos oportunistas, quienes miran con olímpico desdén al ignaro hijo del trabajo?

Ese anarquismo de capilla, que los teólogos de la doctrina pura y del dogma intangible, está fuera del movimiento que impulsan las energías destructoras y creadoras del proletariado. Es una teoría sin expresiones de realidad, aprisionada en los libros y en la caja craneana de una pequeña secta intelectualista. De nada sirve que los principios de la filosofía anarquista sean tan los estudiosos como una preciosa filosofía o como una bella quimera. Es necesario que palpite el ideal en el corazón de los hombres que más esfuerzos obtendrán con un cambio de sociedad que los subyuga y envilece.

La propaganda anarquista se diluye en un vasto campo de acción, de horizontes imprecisos, sin que logre alcanzar el sólo palmo del terreno que fertiliza nuestras ideas. Nos esforzamos por sembrar la tierra virgen; pero no damos la debida atención para que el cultivo se desarrolle y sazone bajo una vigilante mirada a fin de evitar que se nutran con lo que ningún esfuerzo costó crear. Y ese criterio será iconoclasta y subversivo, pero en el fondo responde a una creencia fatalista, la fé ciega en la evolución, en el en el acaso y en lo imprevisible.

Pretendemos con estas consideraciones arribar a esta conclusión: Si los anarquistas aceptamos la organización obrera como una de los medios más efectivos para difundir nuestras ideas entre el proletariado, preparándolo moral y materialmente para la lucha revolucionaria contra el capitalismo y el Estado, es necesario que concedamos a los sindicatos el papel que se desprende de esa acción. No debemos, porque ello implicaría una negación del anarquismo, atribuir los órganos económicos del proletariado una función pre-revolucionaria y preponderante que le atribuya los que reclaman todo el poder para los sindicatos. Pero tampoco podemos declarar la importancia de la acción obrera en la lucha social, sin que nuestra actividad al papel de componentes de esas organizaciones sea por necesidades materiales y por el imperativo de la conciencia que se rebela ante las imposiciones de la clase dominante.

La declaración unitaria y neutral que sirve de base al sindicalismo y a la rotula revolucionario — el reformismo — ta prescinde ya de esas fórmulas



...E hizo de su corazón una antorcha, solo, entre la indiferencia de los muchos, siguiendo un rumbo sin mirar atrás...

ciones sociales y la negación del Estado, de la autoridad, de la ley, etc. — y la oposición al reformismo parlamentario y a la táctica del sindicalismo marxista. Pero, en la práctica y en la actuación de las ideas, no existe una norma que nos permita precisar las orientaciones del anarquismo en cada país.

Se comprende que nosotros, al sostener la necesidad de llegar a la identificación del anarquismo en el movimiento obrero, no abogamos por la uniformidad. No creemos en fórmulas consagradas ni en cataplasmas milagrosas. Entendemos que el valor esencial del anarquismo está en su variedad de matices, en la multiplicidad de interpretaciones, en el universalismo de su movimiento. Queremos únicamente discutir una forma de expresión o de actividad que logre poner de acuerdo a los anarquistas en el plano internacional. ¿Es posible aceptar esa divergencia de interpretaciones de un hecho real, positivo y tangible como es el movimiento

trega al sindicalismo proviene la teoría "del sindicalismo se basta a sí mismo" y esa tendencia posibilista reflejada en los que atribuyen a los sindicatos no sólo una función subversiva inmediata, sino también un papel post-revolucionario, preponderante y único en la solución de los problemas sociales que deje en pie la revolución...

Esa tendencia, aun cuando pretenda hacer del sindicalismo un cuerpo de doctrina independiente del marxismo y del anarquismo — la teoría específica de la revolución económica previa — coloca al movimiento obrero en una posición ambigua. Los gestores del sindicalismo posibilista — que comienzan por declarar su neutralidad frente a las luchas políticas e ideológicas —, suponen que el proletariado irá instintivamente a la revolución, que destruirá el capitalismo obligado por las circunstancias que provocó el mismo desarrollo capitalista y que encontrará en ese hecho histórico el medio

ECTIFICA
AFIRMA

as de atra
quer que ej
clase trabaj
suya mu
fundament
campo grem
necesidad pa
como la unió
sindicatos
industria o u
cluímos la a
tivo único c
en la llama
la declara
del criterio
corporacio
partidos
desarrollo
el campo o
banamos el
as siempre
coraria burg
de em
El anarquis
amiento obre
táctica presc
indencias que
esto campo
narias del
ECTIFICA
AFIRMA
nos propus
muchas op
prensa, pri
sindicalis
cia y Esp
dida revisió
ha rectifica
no consecue
solución rus
ra, si los "gr
se di
que se di
revisionism
opinión, prin
activamente,
que una nu
nifiesto el e
ores. Y es c
que nos ape
nos a compr
cilmente int
aran de imp
entendemos
ate definida
al menos
que los an
ismo anárqu
de la fracción
latamente
países, nuest
de las infl
naturalizaban
os de los cor
los anarquist
der que lo
brico no era
sino pura y
depuración
mentos viciad
eé.
efinidas las
a como en l
ro revolucio
amos tiempo
anarco-bolch
andan sus
encia nueva,
ción y de pa
al comunis
nuevos, q
las conocida
rias revelada
ña al mar
presentado
destrucción
ismo? ¿E
para form
ción de los
socialismo, p
llar las ten
ismo con le
movimiento
sólo no fué
sión para r
miento, obre
ampoco lleg
clar un pro
que trazaron
Mucho men
la revisión d
la filosofía, d
ados por l
mente, de la
ismo: la n
toridad, de
ture el bag

YO DE 1925

as de atracción, seguro como está del poder que ejerce sobre la mayoría, de la clase trabajadora organizada — y que ha de ahí que recien suya muchos anarquistas, contradiciendo el fundamento de nuestra propaganda en el campo gremial. Si aceptamos como una necesidad para la lucha contra el capitalismo la unión de todos los trabajadores en sindicatos de oficios, federaciones de industria o uniones nacionales, de hecho incluimos la lucha de ideas, que es el objetivo único de nuestra intervención activa en la llamada lucha de clases. De ahí que la declaración neutralista, consecuencia del criterio unitario que dió vida a las corporaciones obreras dominadas por los partidos social-demócratas, favorezca el desarrollo de las tendencias ambiguas en el campo obrero — de lo que nosotros llamamos el camaleonismo —, más próximas siempre al socialismo y a la democracia burguesa que a los verdaderos ideales de emancipación y redención social para los obreros.

El anarquismo seguirá fuera del movimiento obrero mientras persista en su política prescindente frente a la lucha de las tendencias que tienen como escenario el mismo campo de las actividades revolucionarias del proletariado.

RECTIFICACION DE TACTICAS: AFIRMACION DE PRINCIPIOS

Nos propusimos no tomar en cuenta muchas opiniones vertidas en nuestras Naciones, — prensa, principalmente en los periódicos socialistas y anarquistas de Italia, Francia y España, en torno a una pretendida revisión del anarquismo. Si algo ha rectificado en los últimos años y no consecuencia de la guerra y de la revolución rusa, el proceso se verificó que se dieran cuenta los pregoneros del revisionismo. Y es que los cambios de opinión, primero individual y después activamente, se van efectuando a medida que una nueva experiencia pone de manifiesto el error de experiencias anteriores. Y es con el concurso de todos, que nos apercibamos de ello, que llegamos a comprender muchas cosas que simplemente interpretáramos si nos las dieran de imponer dogmáticamente.

Entendemos, pues, que está suficientemente definida la cuestión del revisionismo, al menos como elemento de juicio que los anarquistas mantengan en los principios fundamentales del comunismo anárquico. Con el desplazamiento de la fracción anarco-bolchevique, que naturalmente se va operando en todos los países, nuestro movimiento queda libre de las influencias políticas que lo naturalizaban. De ahí que, contra los deseos de los conversos a la dictadura robótica y envilecida de los anarquistas terminaron por comprender que lo que exigía el momento histórico no era una revisión doctrinaria sino pura y exclusivamente una enérgica depuración de nuestras filas de los elementos viciados por la propaganda de las influencias políticas, tanto en la táctica como en la táctica del movimiento revolucionario, cabe siquiera que algunos tiempo en discutir las ideas anarco-bolchevismo, por más que defendan sus secuestrados representando una nueva, revisionista, el puente de la pasada del anarquismo teórico al comunismo práctico? ¿Qué conceptos nuevos, que tácticas que no, fueran conocidas, qué fórmulas revolucionarias reveladoras de una concepción del marxismo o al anarquismo, presentado como material para esa construcción ética los pregoneros del revisionismo? ¿En qué terreno se han situado para formular su programa y sobre qué base trabajaron para establecer la unión de los puntos más antitéticos del socialismo, pretendiendo con ello resaltar las tendencias autoritarias del comunismo con las corrientes libertarias del movimiento anarquista?

sólo no fué presentada una base de acción para rectificar la táctica del movimiento obrero revolucionario, sino tampoco llegaron los revisionistas a formular un programa que se apartara de la táctica de los comunistas de dictadura. Mucho menos podían, pues, abocar la revisión de las ideas anarquistas, filosofía, de los conceptos básicos heredados por los precursores y, principalmente, de la parte substancial del mismo: la negación del gobierno, la autoridad, de la ley, de todo lo que constituye el bagaje de la civilización

burguesa. Descontando la manifiesta incapacidad de esos pretenciosos reformadores, ¿cómo podían propender a la reforma de lo que consideraban un dogma cristalizado, hombres que no hacían otra cosa que repetir las palabras de orden de Moscú y los gestos subversivos de los empresarios de revoluciones a plazo fijo?

El anarco-bolchevismo, en estos países de inmigración, llegó por las rutas marítimas. No tuvo ni siquiera el mérito de la gestación espontánea y lógica. Nació en el vientre de Moscú y se amantó con el biberón de la Tercera Internacional. Los primeros "anarquistas nuevos" surgieron, en Montevideo y Buenos Aires, al contacto con un delegado bolchevique enviado por Moscú para organizar los partidos comunistas y las sucursales de la entonces proyectada Sindical Roja, en la América del Sur. Y si el mismo comunismo moscovita careció de importancia tanto en Uruguay como en Argentina y sólo conservó sus raquíscas fuerzas gracias a los continuos jeringazos de la casa central que mantenía las diversas sucursales de propaganda, ¿cómo podían propender a una revisión del movimiento obrero orientado por los anarquistas para así forzar al anarquismo a una rectificación de sus ideas básicas?

La base de la influencia bolchevique en la América del Sur no estaba en las minorías comunistas desprendidas del bloque de la social-democracia. El socialismo carecía entonces y carece hoy de verdadera influencia en el movimiento obrero, no adelantando nada en ese terreno los conversos a la "dictadura del proletariado", ya que no pudieron eludir el calificativo de políticos. Debía, pues, Moscú, para crearse un movimiento de opinión favorable a sus conscientes planes contrarrevolucionarios, introducir una cuña en el movimiento anarquista. Y sólo así se explica que el delegado de la Tercera Internacional, a su arribo a Montevideo y Buenos Aires, en vez de dirigirse a los socialistas disidentes que ya insinuaban su tendencia oportunista, haya buscado la manera de relacionarse con los anarquistas, consiguiendo formar el grupo anarco-bolchevique, encargado de introducir la confusión en nuestro movimiento revolucionario.

Ateniéndonos a los hechos desarrollados durante los últimos años y a las experiencias que nos ofreció la guerra y la revolución rusa, es que nosotros nos aferramos con mayor fuerza a las viejas posiciones anarquistas. La revisión del anarquismo sólo pueden propiciarla y desecharla los que, por un paulatino divorciamiento con las ideas, llegaron a la conclusión de que el "dogma" les impide moverse en todas direcciones e incursionar en todos los campos. Intentaron romper moldes, abrir brechas en la intransigencia doctrinaria de los anarquistas viejos... los jovencitos deslumbrados por la hoguera rusa y algunos espíritus envejecidos en la incompreensión de las ideas. Y fueron esos "revisionistas" los que nos ofrecieron, como una novedad, teorías desenterradas de las catacumbas del marxismo.

Recordemos que en nombre de la revolución se intentó subordinar nuestro movimiento al politiquerismo dictatorial. Se alegaba la necesidad de poner a las ideas anarquistas a tono con la realidad. Pero el realismo de los conversos a la dictadura era una vulgar patraña. Lo que se quería era desarmar nuestra intransigencia doctrinaria para que los métodos bolcheviques obtuvieran la sanción de los adversarios irreductibles de la llamada, experiencia rusa: El Estado obrero, el terror rojo y la consagración del despotismo en nombre del proletariado.

En un período convulsivo como el que vivimos en los cinco primeros años de la revolución rusa, era fácil arrastrar a las grandes masas a una lucha puramente instintiva. También de esa gestación revolucionaria los anarquistas intentaron sacar ventajas, entendiendo que era aquel el momento propicio para lanzar al proletariado a la lucha contra el enemigo mortal: el capitalismo. De ahí el empleo de métodos y tácticas de lucha circunstanciales, más tarde rectificados por sus mismos propulsores, que respondían a un momento histórico y reflejaban la situación especial de cada país.

Hoy mismo, por las causas apuntadas, existe una metodología especial en el movimiento revolucionario de cada país. De

acuerdo con las condiciones de cada nación, el grado de su adelanto industrial, el estado de postración del proletariado y el sistema político que prevalece en un momento dado, los partidos opositores, y entre ellos los anarquistas, se ven obligados a emplear medios de defensa que en ningún caso constituyen un método permanente de acción. Si en las naciones dominadas por la reacción y sometidas a las más precarias condiciones económicas, el proletariado se ve privado de sus elementos defensivos y por ello recurre a armas que cree más eficaces, ¿supone eso que en otros países, en condiciones distintas, se deba imitar el ejemplo de esas luchas determinadas por circunstancias especiales? Y si en España e Italia las represiones impiden la propaganda de las ideas y los anarquistas están forzados a recurrir a la acción subterránea, ¿quiere eso decir que se haya operado para el anarquismo una revisión en los métodos revolucionarios, obligándonos a los militantes de otras regiones a copiar esa modalidad de un movimiento determinado por los hechos que salen del dominio de la voluntad de quienes son actores pasivos de un drama terrible?

Cualquier militante medianamente inteligente y de buena fé, comprende que no es posible confundir las tácticas circunstanciales con el fondo de la doctrina anarquista. Pero existe en ciertos elementos de sospechosa conducta moral, la propensión a confundir los métodos y tácticas de lucha con los principios filosóficos del anarquismo. Se hace doctrina de simples opiniones individuales y se intenta transformar en asunto de revisión lo que es sólo efecto de una rectificación de con-

ceptos secundarios o responde a estados de espíritu puramente transitorios. Los revisionistas del anarquismo, que precisamente se caracterizan por su consecuencia con las ideas, aceptan como buena cualquier opinión que difiera con los conceptos consagrados en la práctica de nuestras luchas. Por eso el "revisionismo" de ahora, está ligado a la propaganda dictatorial de los agentes de Moscú y es el fruto del confusionalismo sembrado en nuestras filas por los conversos a la dictadura sobre el proletariado.

Nosotros, que nada tenemos que ver con esos manifiestos del revisionismo, consideramos sin embargo que se está operando en el movimiento anarquista una rectificación de métodos y tácticas de lucha. Y quizás pocos hayan contribuido a esa rectificación, al menos en lo que se refiere a la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero, como los que fuimos tachados de dogmáticos, cristalizados y sectarios.

Es, pues, en el campo de la actividad revolucionaria y no en la doctrina, donde el anarquismo va definiendo su propia posición frente al Estado y al capitalismo, que tienen ahora su más firme puntal en los partidos marxistas, ya pregonen las excelencias de la democracia social o propicien la acción violenta para instaurar la dictadura de una nueva minoría privilegiada.

Emilio López Arango

Emilio López Arango

Emilio López Arango

Emilio López Arango

LAS REVOLUCIONES DE CLASE

CONSOLIDACION DEL ESTADO

Al leer los episodios de carácter revolucionario, habidos durante el siglo XIX, hasta la Comuna de París, comprendida la gran Revolución Francesa de fines del 18, se percibe el lector de un fenómeno de orden moral que domina, por entero, el alma y el espíritu de las masas revolucionarias.

El punto moral de apoyo en que se basan los elementos subversivos o insurgentes, se revela, invariablemente, por un estado de conciencia que invoca, a cada paso, los derechos de la Nación frente a los privilegios del Estado. En todo el período histórico mencionado, Estado y Nación son dos términos antagónicos, dos mundos en oposición.

Fué en nombre de la Nación que en 1789 se proclamaron, en Francia, los Derechos del Hombre, e invocando los mismos derechos en 1848 fueron sacudidos fuertemente los puntales de los Estados del centro europeo, la Francia inclusiva.

La Europa del tiempo que hablamos se hallaba envuelta en una atmósfera revolucionaria de odio contra el Estado en una forma e intensidad que nosotros, no sospechamos y que, tal vez, superaba, en mucho, al concepto despectivo que hoy merece al pueblo esta férrea institución, de brutalidad y de poder.

Los estudios positivistas del siglo pasado, y el florecimiento de la filosofía sociológica, pudieron dar a las generaciones de ayer y de hoy, una base doctrinaria para rechazar conscientemente, y en el orden de las estructuras económicas y políticas, al Dios-Estado. Pero, es evidente que esta clarificación del problema no ha operado, de modo sensible, sobre el alma y el sentimiento popular en el sentido de inducir al pueblo a prescindir en absoluto del Estado, para organizar la vida de la Nación.

El pueblo, tomado en general, no siente hoy un desprecio tan profundo hacia el Estado como sintió ayer.

Si exceptuamos a los anarquistas veremos que todos los demás elementos sociales, llamados de progreso, con la masa neutra atrás, no albergan en su interior, el menor sentimiento de menosprecio hacia esa poderosa organización de fuerza que, con sus fueros, sus prerrogativas y sus impuestos, aplasta la vida entera de la población.

Hoy en día la conciencia del pueblo se halla tan influenciada por la prédica

estatal de los partidos políticos de toda clase que se considera hasta quimérico hacer derivar del Estado los males sociales que sufre el pueblo trabajador.

¿Cuáles han sido los factores, morales o históricos, que han contribuido a crear este estado moral de cosas? Por más paradójico y contradictorio que a simple vista parezca tal vez no fuera ajena a ello, la vieja Internacional.

Al aparecer la Internacional en el plano de las luchas políticas el lenguaje de las fuerzas subversivas históricas tomó, de repente, una significación especial circunscripta al mejoramiento económico del proletariado. El lema "Trabajadores del mundo uníos" operó como ariete en la conciencia de la masa obrera más despierta la cual, a partir de entonces, buscó en sus organizaciones de clase el camino de la emancipación económica, que no había hallado en el seno de los partidos políticos, ni en las luchas y episodios sangrientos del siglo.

Poco a poco, el léxico revolucionario antiguo, fué reemplazado por otro nuevo que, deseando expresar más y mejor los derechos del individuo frente al Estado, los diluyó, circunscribiéndolos al mejoramiento corporativo del hombre-clase. Y hoy, a más de cincuenta años de distancia, vemos que, dicha táctica, aportó bien poco de positivo a la vida y al derecho del pueblo/trabajador.

Claro está, que esta desviación que ha sufrido, en la historia, el espíritu subversivo de los pueblos, se debe a la preponderancia del marxismo en el seno de la Internacional, y, más especialmente, a la actuación política y estatal del socialismo, cuyo desarrollo histórico se caracteriza por una justificación y consolidación, cada día más preponderante, en favor de los derechos del Estado, frente a los derechos naturales del Pueblo, de la Nación.

Muchos de los primeros internacionalistas, exceptuando a Bakunin, en su afán de unir las masas asalariadas a través de las fronteras, e invocando los derechos del proletariado universal, fueron disipando poco a poco, aquella atmósfera revolucionaria que hasta entonces se había creado entre el pueblo, sin distinción de clases ni de categorías, y que, en señaladas fases de la historia revolucionaria,

e entre el árbol
u obra que fa
desenvolvimiento
al. esto es. de
cute sobre la vi
él es la expre
los esfuerzos y
que animan la
idea de dios, es
causa, es absur
cesores; la idea
la causa de la
porque ella es la
y de la experien
quisieron de la

los "genios" no
del esfuerzo co
s. Decir que un
ciencia, la civi
isma naturaleza
idez del mundo
es la humanidad
el de la especie
la humanidad es
ra (que es la vi
erá en sus frute

ANDA

ECLA

salarios obreros
tica económica d
el objetivo de
xploadora odios
ta.
enda de los gran
grandes industr
de la sartén a las
betarios de tierra
La salud no está
que en que todos
práctica de este
a estas alternativas
que están z
se han hecho
ses, tomados con
s. Las condiciones
s, ser aprovechadas
obra han eridos
y movimientos de
disminuido, mure
de diversos puntos
pequeños; y se
sería erróneo tomar
conquista efec
e la vida es may
y definitiva, ni
solamente una
adquisición ocasional,
sinos.

ocupa, no tanto
simulármelo, ni
siquiera mientras
relaciones de ca
en la parte más
áspera y peligro
de los hechos co
del círculo vicioso
del ciclo infernal
s, lo que preocu
la esclavitud social
moderna.

la vida del pueblo
Tal es la situación
en que nos coge
mente por el pan
de todos, es una
esclavitud muy
poco feliz no
significa en
as oscuro de la
lángun modo
desesperar: pero
no debe
la más arriba.
Lamentarse que
todo esto
aumenta
nuestras
de España son
los deberes
de las mino
son conocidas
has activas
de libertad
y de progreso,
e negativas,
y aquella parte
de proletariado
que ha
ad en Rusia.
Pecado espiritualmente
emanciparse
del mundo
y quiere combatir
para consi
nglaterra, el
pavor una
sociedad de
hombres
libres.

En los años
pasados, y más
especial
mente antes
de la guerra,
era costumbre
indicar la
jornada del
primero de
mayo una
especial reivindicación
de actualidad,
que resaltase
sobre el fondo
de las
rumpida más
vindicaciones
generales
anticapitalis
e por el breve
re de la
blaba y en
torno a la
cual giraba
la vida
de aquella
ocasión. Según
el que
ganaron la
guerra y el
prevaler de
este o
aquel
del centro
de la
política,
la palabra
de orden
del "primero
de mayo"
ha sido
vez a
vez la
liberación
de
nuestro
política,
la limitación
y su
limitación
de los
gastos
militares,
la guerra,
etc.

La palabra
de orden del
"primero de
mayo" de este
año debería
ser una sola,
todas partes;
y por lo demás
lo es ya
todo hombre
sediento de
bien y de
justicia, aunque
no sea
declarada
formal
mente. Grito
de todas las
almas, pasión
de todos los
corazones,
vibración de
todas las
mentes,
llamada de
esperanza y
de lucha
que se ha
transmitido
de siglo
por boca de
los sabios,
de los
mártires
y de los
héroes del
progreso
humano,
esta palabra
de orden
hoy es:

LIBERTAD!

Luigi Fabbrì

Los Cristos de Chicago

"El interés personal sólo es la prolongación de la animalidad; la humanidad no comienza en el hombre sino con el desinterés. (Diario Intimo.— Enrique Federico Amiel)

La meditación debía invadirnos y apoderarse de nuestras mentes para revivir todos los episodios, acontecimientos, acciones, hechos, obras acometidas, vistas, presenciadas que nos abrasaron con su fuego purificador, o nos helaron, nos emponzoñaron con su contacto de sierpes venenosas del mal.

No siempre el enemigo se halla fuera; el peor enemigo es el que llevamos dentro, en uno mismo. No incitamos a nadie, que en este particular. Enemigos mortales y acérrimos de la menor sombra de fetichismo, del endiosamiento de una cosa o de una criatura, no deseamos convertir esta efeméride, ni que se convierta, envileciéndola, en una fecha de almanaque. No, nada de santoral, ni de martirologio anarquistas. ¡No! Los mártires de Chicago no tienen privilegio alguno sobre los mártires cotidianos, como Cristo no lo posee tampoco sobre cualquier proletario escarnecido y asesinado.

Fueron hombres, hombres como nosotros. Héroes, sí. Es que todos llevamos en nosotros la chispa encendida o el rescoldo de un regenerador heroísmo. No se nos negó la luz, débil llama de la conciencia, que al embrutecernos y enlodarnos, la apagamos. Todos podemos alcanzar a lo heroico en un momento dado. Basta que acrecentemos nuestra temperatura interior con el esfuerzo cotidiano de superarnos hacia la meta invisible de un perfeccionamiento continuo, para que escalemos las abruptas cumbres de cualquier gólgota. El hombre puro, el que más se acerca a ese ideal, es el más fuerte. Nada teme. Ni el martirio ni la misma muerte.

Cuando incitamos al principio a la meditación y al recogimiento en un examen retrospectivo de los pasados días, es para que calculemos la distancia que media entre nosotros y esos seres valerosos, que como millares de otros, se sacrificaron con profundo amor para alcanzar el más puro y desinteresado heroísmo, en tregando a la eternidad su martirologio: semilla fecundadora. Es para que franqueáramos esa distancia, día a día, paso a paso, en ascendencia incesante hacia la fortaleza de ánimo, que debemos contemplar nuestro panorama interior. Ahí quizás, se halle el obstáculo y el enemigo.

Es para que nos preparemos a arribar a ese estado incontaminado por el que se destierra todo lo precario de nuestra débil naturaleza, maculada de prejuicios y temores, y nos hallemos prontos a afrontar los peores trances con tal triunfe la luz de nuestra conciencia y de nuestras más caras convicciones. Extirpando la mala yerba, la cizaña que oculta esa cisterna que todos llevamos en

nosotros, donde nuestras acciones se reflejan y retratan, es como podremos aspirar a esa confianza, a esa propia y alta estima desinteresada, acometedora de las más grandes empresas. Presuntos regeneradores de un mundo corrupto, debemos fortalecernos para dominarnos. ¿Sin domar nuestra animalidad, cómo domaremos la de los otros? ¿Cómo domesticaremos el bajo egoísmo, la soberbia, la codicia volviéndola dócil e inofensiva, si nosotros también estamos inficionados del mismo tóxico?

Todos podemos ser héroes en nuestra modesta esfera. Basta que en todo pongamos amor, y la voluntad de hacer el bien por el bien mismo. La filosofía del altruismo tuvo su ardiente apologistas en una de las moralidades más bellas y vivientes: Rafael Barrett... Y en contra de la teoría nietzscheana, pregón del espíritu dionisiaco, de la bestia rubia y carnívora.

No, la maldad es débil. Necesita de la mentira, del cohecho y de la violencia para sostenerse en el filo oscilante de la injusticia. Y sólo el empuje invisible y religioso de una nueva moralidad, la hará caer... La prueba de su debilidad se halla en que nunca pudo aplastar definitivamente la inerte, la vacilante y escasa bondad que anda por el mundo. No; no es la roca, coraza acerada y granítica de la naturaleza que vence; es la gota de agua que la horada. No es lo duro, lo impermeable, la garra, el colmillo, afilado como una daga, que se lleva la victoria decisiva.

Es el amor, la ternura, que penetra las ideas y las hace invulnerables. Gandhi, nos lo demostró teniendo tras de sí trescientos millones de almas sedientas de justicia y libertad, poniendo en jaque y desafiando las iras guerreristas del imperialismo británico. La rebeldía, la resistencia, la no complicidad con el mal, es incombustible y no está lejos el día de su triunfo.

No endiosemos, no santifiquemos, ni invoquemos otras fuerzas que las que nos otorgaran a nosotros y todos tendremos nuestro instante de heroísmo, que cuanto más silencioso y obscuro, más acercará la fraternidad entre los hombres: nuestra causa común.

Carta de Eliseo Reclus a la redacción de la "Huelga General".—Barcelona

Bruselas, 4 de diciembre de 1901.

Queridos camaradas:

Tenemos en general el hábito de exagerar tanto nuestra fuerza como nuestra debilidad; así, durante las épocas revolucionarias, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables y, en cambio, en ciertos momentos de marasmo, toda nuestra vida, aunque consagrada enteramente al trabajo, nos parece infecunda e inútil, y nosotros nos creemos hasta llevados por un viento de reacción.

¿Qué es preciso, pues, para mantenernos en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de fé en el buen combate?

Os diré a mi porque contaba con mi experiencia de los hombres y de las cosas. Y bien, en mi dignidad de anciano, me dirijo a los jóvenes y les digo:

Nada de querellas ni de personalidades. Escuchad los argumentos contrarios después de haber expuesto los vuestros; sabed callaros y reflexionar; no tratéis de tener razón en detrimento de vuestra sinceridad.

Estudad con discernimiento y perseverancia. El entusiasmo y la abnegación, hasta la muerte, no son el único medio de servir la causa. Es fácil dar la vida, no siempre fácil conducirla de suerte que nuestra vida sirva de enseñanza. El revolucionario consciente no es sólo un hombre de sentimiento, es también un hombre de razón de quién todos los esfuerzos en vista de más justicia y solidaridad se apoyan en conocimientos exactos y sintéticos de historia, de sociología, de biología, que puede, por decirlo así, incorporar sus ideas personales en el conjunto genérico de las ciencias humanas y afrontar la lucha, sostenido por la inmensa fuerza que sacará de esos conocimientos.

Evitad las especializaciones; no pertenecéis ni a las patrias ni a los partidos, no seáis ni rusos, ni polacos, ni eslavos; sed hombres ávidos de verdad, emancipados de todo pensamiento de interés, y de toda idea de especulación frente a los chinos, a los africanos a los europeos: el patriota llega a detestar al extranjero, a perder el sentimiento de justicia que iluminó su primer entusiasmo.

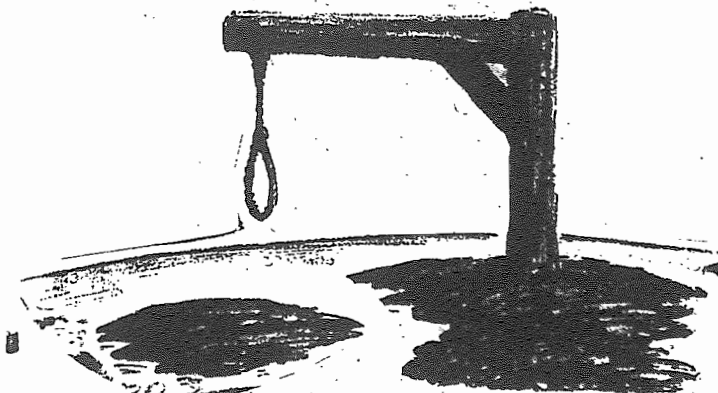
Ni amo ni jefe, ni apóstol en el lenguaje considerado como palabra del evangelio; huid de los ídolos y no busquéis más que la verdad en los discursos del amigo más querido, del sabio profesor. Si, habiéndole escuchado, conserváis alguna duda, bajad a vuestra conciencia y volved a comenzar el examen para juzgar en última instancia.

Por consiguiente, rechazar toda autoridad, pero atenerse al respeto profundo de la convicción sincera; vivir su propia vida; pero reconocer a cada uno la entera libertad de vivir la suya.

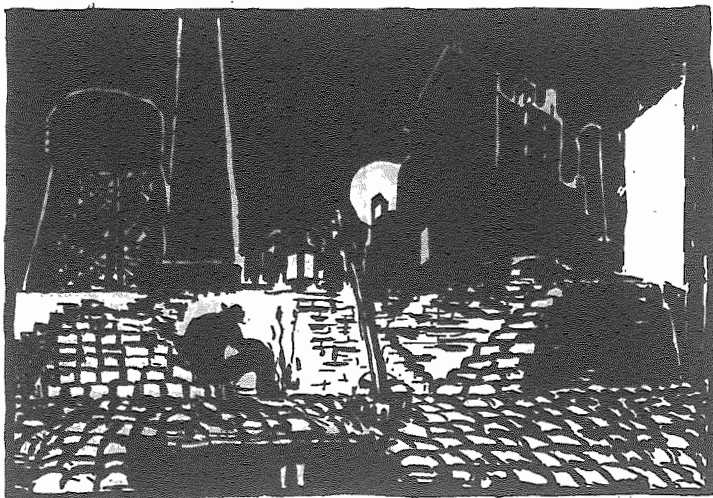
Si os lanzáis a la lucha para sacrificáros en defensa de los humildes y de los ofendidos, está bien, compañeros, afrontad noblemente la muerte. Si preferís la lenta y paciente labor en vista de un porvenir mejor, bien aún, haced de ella el objetivo de cada uno de los instantes de una vida generosa. Pero si preferís quedar pobres entre los pobres, en completa solidaridad con los que sufren, que vuestra existencia se irradie en luz bienhechora, en perfecto ejemplo, en fecunda enseñanza.

Salud, camaradas.

ELISEO RECLUS



SERENO



Noche de frío y viento. La calle desventrada tiene el aspecto de una barricada.

Junto a la hoguera de adoquines, cuida el sereno, un viejito de faz semidormida y tembloroso cuerpo, todo acurrucadito.

Yo pasé... ¡pero yo debí quedarme junto a aquel pobre viejo! Y al calor de su hoguera de adoquines, sentarme; y hacerle compañía, charlar con él acaso... Mas yo, ¡animal estúpido!; mas yo, ¡egoísta fiera!; pensé en mi cama, apresurando el paso.

Como un ojo con sangre, miróme largo el ojo de un farolito rojo.

Alvaro Junque

El teatro nacional en 1924-25

Cada vez que se hace el balance de un año teatral, es preciso reeditar las mismas lamentaciones. El teatro nacional se halla en bancarrota, los mercaderes trafican impunemente en el templo. Y se buscan las causas: No hay autores, no hay siquiera un autor de talento que señale la pauta. Los que se iniciaron, quince años ha, llenos de buenas intenciones y cuando el teatro prometía tanto, hoy se han mercantilizado o han muerto, o sólo repiten, agotados, sus éxitos de la primera hora. Tampoco hay actores. También se carga las culpas al público: el público es trivial, quiere reír, va al teatro a hacer la digestión. ¿Qué otras causas se aducen? Se multiplican, se baja a lo sutil, se asciende hasta la paradoja. Y la causa es una, porque la decadencia del teatro no se percibe aquí sólo, sino en todas partes, aun en las naciones más cultas, con más larga tradición artística y con genios en el haber de sus autores y actores. La causa está en el régimen social. El capitalismo corruptor de conciencias, solapado limador de voluntades bravías y de temperamentos rebeldes, ha corrompido el teatro — el arte, en general —. Lo ha desviado de su fin, como ha desviado a la vida misma. Porque el fin de la existencia humana, no finca en "ganarse la vida", "en hacerse una posición", sino en superarse mental y moralmente, individuo por individuo, para hacer posible la realización de la fraternidad humana: verdadero fin de la vida. ¿Cuántos hombres de entre los pillones

que constituyen una nación encaminan su existencia hacia este fin? El teatro — como todo el arte, la ciencia y cualquier otra actividad humana — debiera colaborar en ese fin. No lo hace; pero no porque él solo sea el prostituido, sino porque toda la vida, en sus más nobles actividades, se halla prostituida por el capitalismo corruptor. Ya se vé, pues, como la causa de la decadencia del teatro, es más trascendental y no local, como los críticos míopes del periodismo grande se han dado en repetir con muy elegiaco tono, naturalmente.

Hoy es hombre de ciencia, por ejemplo, el inventor de gases asfixiantes. Y lo es tal monstruo porque el capitalismo ha hecho que buen número de hombres pierdan el sentido de la vida. Le ha estado su seriedad a la vida, le ha escamoteado su religiosidad — no asustarse de la palabreja: religiosidad es sinónimo de idealidad —. Por igual razón, hoy pasa por poeta el primer mequetrefe lo suficientemente habilidoso para hallar metáforas, cuanto más absurdas e incomprensibles mejor, más reveladoras de "la aristocracia mental" del mequetrefe. También por eso mismo, cualquier hilador de burdas escenas reidoras es un comediógrafo y cualquier amontonador de escenas truculentas y cursis, es un dramaturgo. De estos comediógrafos y dramaturgos es, el cardumen que pulula, salta, se arrempuja, se arrebata el plinajo de entre las apretadas mandíbulas, alrededor de las boleterías de los veinte o treinta

negocios que el llamado teatro nacional tiene establecidos en Buenos Aires y provincias.

Y pasemos un vistazo a esa producción en el lapso de 1924 hasta este 1.º de Mayo de 1925.

La compañía de Blanca Podestá, harto afecta al melodrama, debutó con *El Alma Desnuda*, del señor Ascasuso, obra sin ningún mérito. Después, el infatigable señor Eduardo Rossi, inolvidable autor de un libro de versos con el que ganó — según expresión de un crítico — "más medallas en Juegos Florales que una comparsa de Carnaval", dió "Maria", bono poemón arrancado de la cursi novela de Jorge Isaacs y con el que obtuvo su fin: hacer moquear a las sentimentales burguesías que llenan la sala de Blanca Podestá. El infatigable Rossi, se halla todavía en el troglodítico tiempo del teatro en verso. Ha sustituido, entre nosotros, a Belisario Roldán, y es más malo que éste, si cabe. Su verso es aún más rampón, más inseguro, y la arquitectura de sus obras es aún más churruqueresca, más endeble. Estos *echegarays* criollos, no tienen siquiera la cualidad con que el Echegaray español arrastraba a su público: la sonoridad del instrumento, la perfección técnica. En el mismo teatro se dió *Mater Dolorosa*, melodramón inverosímil del inefable señor Sully Krieger, que abandona temporalmente su comercio para hacer estas irrupciones en el campo teatral. Hasta el señor Alberto Ballerini, "director artístico" (sic) del conjunto, se permitió representar una obra elaborada en su caltre. Ya hemos olvidado hasta el título, porque la obra no consiguió ningún éxito, pese a los números de "varietés" con que se la salpicaba. Estos fueron los títulos sobresalientes del programa de esta compañía que constituyó el más pingüe negocio del año entre los teatros serios. La temporada se salvó artísticamente por las traducciones que se pusieron en escena. Desde hace dos años a esta parte, la señora Podestá ha tenido la salvadora ocurrencia de dar las obras que da María Melato, la actriz italiana. Es así, pues, como en el mismo escenario donde el infatigable Rossi y el inefable Krieger estrenaron sus delitos, se pudo ver *La Vida del Hombre*, del genial Andreiev.

La compañía Camila Quiroga, se inició con su éxito de la temporada precedente: *La Divisa Punzó*, el frío y lánguido drama de Paul Groussac. Mucho ruido se hiciera aldededor de este nombre con motivo de su debut como hombre de teatro. "La Nación" siempre halla eco entre sus colegas de la prensa grande. Es algo así como el heraldo de la fama. Y "La Nación" echó a volar su más vocinglera trompetería en elogio del anciano director de la Biblioteca Nacional. Este, que nunca fué artista, sino erudito, no ha hecho, no era lógico que la hiciera, obra de artista; su drama, bien documentado y bellamente escrito, carece de emoción; y en su último acto, llega a hacerse ininteligible. En su afán de atraerse un "público selecto", esta compañía, dió una serie de comedias pacatas, en las que, como en los films cinematográficos, todo se arregla. Se podrían resumir así: "Aquí no ha ocurrido nada". Con tal mediocrísima producción, la temporada fué languideciendo hasta obligar a la señora Quiroga a que huyese...

La compañía Pagano no fué más feliz. Rodeada de un conjunto malo, intentó inútilmente sostenerse en el Marconi. Dió *La Hermana Terca*, de Samuel Eichelbaum, obra que no agregó nada a su autor; dió algunas traducciones e hizo conocer dos autores noveles que no pasaron de la buena intención. Y huyó también, corrida por el vacío. Reapareció en el Liceo, sin mejor suerte. Ahora ha iniciado su temporada en este teatro con *Lavallée*, obra de José León Pagano. La figura del protagonista, un precursor de socialismo, atrajo la curiosidad sobre la obra. En rigor, se trata de un drama con más movimiento exterior que médula ideológica. Pagano, que es un intelectual, no un artista, no pudo sentir al fogoso líder alemán en lo que tiene de interesante: en su papel de precursor del socialismo. Y éste desaparece casi de la obra, para dar paso a un mundano enmoradizo. La obra — excepto su flojo y espectacular segundo acto — se reduce a una intriga de amor. El elemento sentimental prima en ella y la convierte en otra obra más de las muchas obras sentimentales con que cuenta el teatro nacional. Defraudada así la promesa que el nombre de su protagonista implicaba, *Lavallée* es un largo drama en cinco actos, obra de un intelectual cargado de pedantería líbrica y que hace aparecer como tal a quien viviera su corta y apasionada vida, jugándose en cálida lucha contra los prejuicios. Para colmo, hasta defectos de técnica se podrían apuntar en él.

La compañía Rivera-De Rosas, de vuelta de España, realizó una temporada en el Marconi. Dió obras de su antiguo repertorio, y estrenó *Guaticho*, de Enrique García Velloso, drama que, al igual de *Yo?* de J. Escuder, se cataloga entre las producciones que nada significan. El primero, autor de comedias-sainetes para los cómicos Parravicini y Caseaux, torna de vez en vez al teatro de sus primeros amores. Fracasa siempre en sus intentos. Demasiado tarado por el ambiente al que ha usufructuado con harta habilidad, le ocurre a él lo que a esos calaveras dados a la vida de los amoríos fáciles entre las cocotas. Intentan, repugnados de sí mismos, realizar un amor verdadero; y fracasan en el intento. Ya carecen de esa sinceridad y frescura de alma, es decir, de esa juventud que exigen el amor... y el arte. Obra más que tenerse en cuenta, fué *Dios*, del mismo García Velloso, Folco Testena y Gonzalo Castillo. No pasa, sin embargo, de ser una producción mediocre, en la que los problemas ideológicos se encaran con cobardía y respetando las conveniencias ya establecido a fin de atraer público con problemas ideológicos y no resolverlos para no perjudicar a la boletería de la empresa. Ahora, en el Teatro Argentino, la misma compañía ha iniciado una temporada sin relieve alguno.

Estas son las compañías que se pueden tomar en cuenta; las demás hacen teatro para vivir, desfachatamente fuera de arte: Parravicini, Caseaux y las compañías de género chico pretenden que el público ría. Y lo hacen reír a cambio de los buenos pesos que le sacan. Estas compañías son las que más sabrosos balaces realizan. ¿Para qué comentar su producción? Sería pecar por exceso de benignidad. Desvergonzadamente se exterioriza allí lo que se quiere: ganar dinero, divertir al público. Y el arte teatral



no fué más feliz
junto malo, in-
merse en el Ma-
erca, de Samuel
agregó nada a
traducciones e li-
oveles que no pa-
ción. Y huyó tam-
Reapareció er-
te. Ahora ha in-
este teatro co-
León Pagano. La
un precursor de
rison sobre la
ata de un dra-
to exterior que
no, que es un in-
no, no pudo sen-
en lo que tiene de
pel de precu-
desaparece casi de
un mundano ena-
excepto su flojo y
to — se reduce a
el elemento senti-
la convierte en
muchas obras sen-
ta el teatro na-
la promesa que
onista implicar
ma en cinco acto-
cargado de pedat-
ce aparece como
orta y apasiona-
da lucha contri-
mo, hasta defecto
apuntar en él.

De Rosas, de fue-
una temporada es
de su antiguo re-
chico, de Enrique
que, al igual de
se cataloga en-
nada significa-
comedias-sainetes
aviciñi y Caseau
teatro de su pro-
a siempre en su
arado por el ar-
actuado con har-
el lo que a es-
ida de los amos
s. Intentan, repe-
lizar un amor ve-
el intento. Ya es
ad y frescura de
juventud que ex-
arte. Obra más de
Dios, del mismo
Festena y Gonzá-
embargo, de se-
cre, en la que la
se encaran con
conveniencias
atraer público co-
y no resolverlos
boletería de la es-
teatro Argentino,
nicio a una tem-
o.

ñías que se pue-
demás hacen teat-
damente fuera de
eaux y las comp-
pretenden que
n reír a cambio de
sacan. Estas co-
más sabrosos bal-
é comentar su pro-
por exceso de
adamente se ex-
quiere: ganar din-
Y el arte teat-

se halla en los antipodas de estos inno-
bles propósitos. (No sería inno- el pro-
pósito de divertir al prójimo si no se
escudara en el nombre del arte: El circo.
que para nadie es arte, no es inno-; por
el contrario, llena una útil misión
social).

Entre estas compañías del teatro por
horas, hay una que merece párrafo apar-
te: se trata de la que actúa en el *Teatro
Nacional* bajo la dirección artística (!!)
de su empresario (!!) el señor Pascual
Carcavallo. Aquí, junto a obras desfa-
chadamente antiartísticas, se dan otras —
ya sainetes o dramas— en las que sus au-
tores, en complicidad con los propósitos
nacionalistas de la empresa, pretenden ha-
ber realizado arte. Se trata de una enga-
ña, nada más. Nunca se trabaja para el
arte: así en absoluto, fabricando obras
para una determinada compañía y bajo
la vigilancia del empresario, que así es
como los autores que escriben para el
Teatro Nacional, fabrican sus pretendi-
das obras de arte. Y no son obras de ar-
te, pese a sus autores que, de seguro, va-
len más que sus propias producciones, no
son ni *Matro*, sainete del señor Arman-
do Discepolo ni *La Lanza Rota*, drama
gauchi-indio del señor C. Martínez Paiva.
En cuanto a todo lo demás estrenado en
este teatro, emporio de criollismo: ¿pue-
de ser comentado desde un punto de vista
que no sea el puramente comercial?

Y, para concluir, el año 1925, se inicia
con una alarmante invasión de revistas,
el género que la frivolidad y la estupidez
burguesas han creado después de aburrir-
se con el melodrama y la pochada. ¿El re-
medio? Ya llegará. Está en camino la

Un teatro futuro y el de ellos

Apuntes, proyectos, comentarios y etc.

Para propagar ideas y lanzar doctri-
nas morales nuevas con el fin de debel-
ar y suplantar las caducas, no existe
otra tribuna más rápida y efectiva, que
el escenario teatral. En nuestros medios
revolucionarios, especialmente el anár-
quico, nunca se hizo un uso adecuado de
ello. Sin embargo, la música, el teatro,
la literatura y las artes plásticas y grá-
ficas, son excelentes vehículos a fin de
expandir nuestras ideas, envueltas en for-
mas placenteras y vestidas primorosamen-
te con las variadas emociones de la sen-
sibilidad humana. Hasta ahora, el método
empleado para difundir nuestros credos,
ha sido rudimentario. No nos hemos va-
lido de todos los recursos que nos pone en
las manos el vasto repertorio de drama-
turgos y escritores, que sin ser abier-
tamente tendenciosos, bregan para elevar
nuestra especie a los planos de una vida
superior. A nosotros que nos desagrada
profundamente imponer nuestros postula-
dos morales, y aborrecemos los dogmas
de cualquier teoría, deberíamos apelar a
todos los sentidos de simpatizantes y pre-
suntos neófitos, a quienes quisiéramos
convertir por la persuasión y el amor.
Nosotros que anhelamos hacer florecer la
espontaneidad de los sentimientos para

eterna primavera, ritmo de vida siempre
palpitante en nuestro ideal, si ello no va
en mengua ni desdoro de quienes lo pro-
pagan?

I

Daremos algunos informes de las in-
tentonas realizadas en el extranjero con
la noble finalidad de regenerar al teatro,
despojándolo de su odioso carácter in-
dividualista de capilla hermética, para po-
nerlo en contacto con el alma colectiva.

Los primeros adalides del concepto de
arte social, fueron Romain Rolland, Roger
Marx, Saint Georges de Bouheller y Char-
les Morice, Camilo de Saint Croix y al-
gunos otros, cuyos nombres se nos esca-
pan. La fórmula del autor de "Juan Cris-
tobal", consistía en esto: "No le pidáis
al pueblo que admita lo que él no com-
prende, ni admire lo que no siente ni le
conmueve". Roger Marx, a su vez recuer-
da que el origen de todo arte correspon-
dió a fines utilitarios. Lo que hizo decir
a Tolstoy: "Estamos acostumbrados a en-
tender por arte, solamente lo que vemos
en los salones, en los museos y lo que es-
cuchamos en los teatros y conciertos. Es-
ta no es sino una ínfima parte de ese ar-



via salvadora que limpiará todo; pero
ella se está gestando más allá de los lími-
tes harto estrechos de la actividad teat-
ral. Ella es la misma que hará imposibles
todas las injusticias e indignidades que
boy se perpetúan, diariamente en todas
las actividades humanas. Hace falta tiem-
po, dejar que la vida trabaje, porque la
vida no trabaja en vano; y realiza, minu-
to por minuto, la más lenta y proficua
de las revoluciones, la que lo salvará to-
do: "la revolución en los espíritus".

Y cerramos nuestra crónica sobre el
Teatro Nacional en su lapso de 1924 al
1.º de Mayo de 1925, presintiendo que nos
hemos puesto en ridículo ante los cronis-
tas teatrales que en la prensa burguesa,
día por día, comentan dramas, comedias,
revistas y sainetes, en la más abigarrada
de las confusiones, y con la misma idé-
ntica gravedad. Presentimos que se dirán
estos graves cronistas:

¿Para hablar sobre teatro es preciso
mentar el régimen capitalista y la revo-
lución en los espíritus? Y sonreírán de
puro desdén hacia nosotros.

INDEX

Buenos Aires, 1.º de Mayo de 1925.

que broten en una conciencia clara y lu-
minosa que ama el bien por el bien mis-
mo, las cuatro artes, y en particular el
teatro, así como la palabra escrita y ora-
da, son métodos eficacísimos para acre-
centar el número de adherentes volunta-
rios.

En nuestras relaciones con la gran ma-
sa, con el núcleo mayor del pueblo, cha-
poteamos aún en el moho de la rutina,
sin arbitrar una novedad que atraiga la
atención, sin una invención feliz y amena
que distraer, instruya, ni un rasgo que
nos singularice, identificándonos con el
alma colectiva y nos destaque fuertemen-
te de las otras parvadas de propagandis-
tas. Es cierto, nuestra sola doctrina vale
inmensamente por sí, pero es necesario
que llegue a todos, y sea conocida en sus
mejores y más bellos aspectos. No basta
decir la verdad, si en ella no se le insu-
fla la vida mediante una voluntad amo-
rosa. La verdad a secas, es como un ár-
bol en invierno: deshojado y sin flores.
Revestido de las galas primaverales, cum-
ple su misión de árbol, y la cumple alegre
y bellamente. ¿Por qué nuestra propaga-
nda no había de adoptar, el disfraz de la

te que sirve de lazo de unión entre los
hombres. Nuestra existencia está llena de
obras artísticas; desde la cuna, los juege-
tes cuando niños, la ornamentación de
nuestros vestidos, hasta los oficios reli-
giosos y las procesiones solemnes. Nos-
tros denominamos arte a una forma de
actividad que traduce nuestros sentimien-
tos que es solamente una pequeña parte
de ella".

He ahí el concepto de arte colectivo
que nosotros como anarquistas persegui-
mos. Un arte que estreche entre sus bra-
zos florecidos, a todos los hombres por
igual; no un arte que dosifica lo paté-
tico y lo emocional de sus elementos para
determinadas castas, dirigiéndose a un
círculo reducido de catecúmenos. Concepto
este que nos induce a pasar de largo ante
algunas iniciativas, innegablemente her-
mosas, e impregnadas de un desinterés
único y de una pureza artísticas en sus
propósitos, digna de emulación.

Entre ellas cabe enumerar el "Teatro
de Arte", el "Chauve-Souri", "El Pájaro
Azul", en Rusia, y el "Petit Colombi" en
Francia. En todos estos movimientos tea-

trales de renovación indiscutible, se qui-
so combatir la tendencia zafia y mercan-
tilista de los espectáculos corrientes y
emolientes, interpretando con criterio en-
nobecedor, y por supuesto antiacadémi-
co, los autores clásicos y modernos. Una
juventud, más por el espíritu que por los
años, volvió a revivir en esos escenarios
merced a la intensa energía sentimental
y al soplo vigoroso de unos intérpretes,
resueltos a crear seres orgánicos con sus
dones pertinentes de la poesía, de lo trá-
gico o lo grotesco, según el rol y la condi-
ción de cada uno.

No intentando empañar ni desmerecer
la labor reprimadora de esos viejos va-
lores artísticos, preferimos abordar ten-
dencias que se dirigen tanto al ser más
simple como al más complejo de la multi-
tud humana. Y esta modalidad de un
arte teatral completamente remozado, evo-
cadora de los antiguos titiriteros que
iban de feria en feria, la representa una
compañía ambulante que con un camión
maltrato inició en 1919 su vagabundaje
por todas las aldeas de Inglaterra.

Es Ms. Ana Berry quien cuenta esta
valerosa hazaña. Era un puñado de jó-
venes y mozas que transformaron un ca-
riche en un vehículo a motor; lo car-
garon de todos los bártulos necesarios
a la precaria escena de un teatro im-
provisado que se armaba y desarmaba,
debutando la primera vez en Sussex, un
villorrio en los alrededores de Londres.

A la noche se estrenaban ante una
sala casi vacía.

Lo que le hace exclamar a Ana Berry:
"Habían desconfiado los habitantes de
ese apacible lugar — que ni siquiera
podían enorgullecerse de poseer un ci-
nema — del valor artístico de una com-
pañía teatral, cuyo personal y mobiliario
caba en un sólo vehículo y que pe-
día tan sólo seis peniques por la en-
trada".

Pero la sorpresa fué muy grande pa-
ra los que asistieron a esa peregrina
función. ¡A natia se parecían de lo que
esa gente humilde había visto antes. Las
pocas compañías que se detuvieron en
ese lugar eran tan diferentes! Añade la
Berry:

"No representaban como los cómicos;
no hablaban en voz altisonante o tremo-
lante, ni lucían ademanos nobles, ni gestos
furibundos; decían las cosas con simpli-
cidad, en lengua que ellos entendían, y
las canciones eran aquellos viejos can-
tares de la tierra que habían oído de los
abuelos, sólo que ahora, esta gente, los
acompañaba de mímica y movimientos,
y vestían trajes especiales, remudándo-
les para cada tonada".

En estas palabras se halla la esencia
de la renovación de un género que de-
seaba llevar a todos los confines de la
muchedumbre humana, la luz esclarece-
dora y el agua lustral de una alegría
y esparcimiento desconocido para muchos
corazones. En sus comienzos, esta juven-
tud bohemia y trashumante — en la acep-
ción espiritual del término — sufrió fra-
casos y reveses que hubieran sido irre-
parables de no mediar la ayuda oportu-
na de una poderosa asociación: "Arts
League of Service", *Liga al servicio del
Arte*, — Protectora inteligente y desin-
teresada de los artistas y divulgadora
de las obras de los "nuevos".

Pero el triunfo consagra siempre a los
que se entregan por entero y saben ar-
der para alumbrarse el propio camino. Y
esto precisamente aconteció a la com-
pañía ambulante que, después de infinitas
vicisitudes y sin fin de peripecias he-
roicas o jocosas, realizaba una tempora-
da en la célebre sala de conciertos "King
George's Hall" en Tottenham Court Road,
de Londres. La sorpresa fué tan intensa
o quizás más para la audiencia londinen-
se, que la experimentada por los sencil-
los habitantes del villorio de Sussex, ja-
lón inicial de esta campaña, esparce-
dora de la nueva simiente. Y era natural
que sucediera así: Porque estos se ha-
laban, en un estado de incontaminada
gracia para recibir el bautismo de un
arte, a la vez primitivo y moderno, que
remontándose a añejas tradiciones había
infiltrado la savia agri dulce de la hora
actual; mientras aquellos, los londinen-
ses, envidiados por la hibridez de los gé-
neros subalternos, ejecutados en los tea-
trazos y teatritos de la urbe, hubo de
resultarle "shocking" y una verdadera y
mágica revelación, cuando al descorrer
ante ellos la tela, se les mostró un mun-
do nuevo, toda una zona desconocida, ex-
traña y fantástica de la poesía e imagi-
nación humana.

Este teatro de trashumante catadura que lo rodea el halo de lo romanesco por su vida errática, transplantó con toda felicidad y singular acierto el género de las variedades de los cafés-concert de antigua data. A semejando a la compañía rusa Duvani-Toroff, es la miniatura de la variedad poseyendo una facundia y jocosidad más delicada y sana. Su repertorio compónese de piezas en un acto, danzas, cantos, fantasías, "absurdidades" y niferías. Dice Ana Berry que se logró crear un teatro británico, a la par de los autóctonos rusos y franceses, en el "que el tierno candor de Blake se infiltra en una pastoral; el humor de Punch, en una payasada absurda; la imaginación infantil del "nursery-rhyme" (cantos de cuna) se anima y vive en la escena; el cálido romanticismo celta, en una leyenda medioeval, y el folklore y el folk-song cobran vida y resurgen en sus rememoraciones de cuento antiguo y cosas de la tierra; impregnados de vida campestre, de brisa que alienta, de mar que mece y arrulla. Y el humor sin malicia, la chanza inocente, la risa festiva, la sana alegría, resaltan a cada momento haciéndonos palpar cierto matiz de espíritu de una gente que se entretiene en cosas candorosas e infantiles y cuyos genes han sabido exteriorizarlo en la leyenda, el cuento, el cantar, con el inconfundible sello de la raza. Los creadores de este teatro, remontándose al pasado, se orientan hacia el porvenir", y etc.

¡Citamos textualmente a fin de dar una aproximada impresión al lector sobre los propósitos logrados por un grupo humilde de artistas en pro del ennoblecimiento de un género prostituido de manera que la redención parecería absurda e imposible. También elegimos este ejemplo, no porque creamos pueda adaptarse a las condiciones nuestras y pueda arraigar en nuestro ambiente, sino para despertar la curiosidad de los camaradas que se dedican o quisieran dedicarse a este género de actividades, inclinándolos al estudio y a la búsqueda de nuevos métodos para la fácil propagación de nuestras ideas. Pero otros medios hay menos difíciles de realizarse. Uno de ellos es el guiñol con personajes, actores y actrices de palo, cartón o recortados en zinc. Esto, por lo hacadero y más factible, nos hará abundar en detalles.

II

En Italia, de niño, nuestro regocijo y nuestra adoración la provocaba un personaje estrafalario, astroso, que recorría las aldeas con un órgano de berbería y un cartel pintado por ambas caras, donde, mediante viñetas historiábale crímenes legendarios, amores desventurados y las hazañas y fechorías de bandidos feroces. Era el *cantastoria*, figura pintoresca y simpática, que desarrollando las otras telas suplementarias, llevadas bajo el brazo, las extendía en el suelo. Representaban ellas un mosaico curioso y pintarrajeado por absurdos colorines agrios y chillones, poblado por héroes y heroínas estrambóticas. Luego iniciaba el relato con ademanes aparatosos, y la palabra modulada en tono solemne, altisonante o trepidante, según los pasajes de las historietas lo requirieran para su mayor ilustración. Algunos instantes después las mujeres gimoteaban y estremecíanse los toscos y rudos varones, inmovilizados en semicírculo alrededor del mágico charlatán. ¡Poder de la ilusión de los corazones cándidos, reviviendo pasiones desgraciadas, dolores desgarrantes y aventuras miluanochescas que nunca habían existido! Este espectáculo, feérico para nosotros entonces, nos fué inolvidable. Y ahora mismo desfila la escena viva en nuestra mente. Ya en edad provechosa, rumiamos mucho y en diferentes circunstancias acerca de este método primitivo y sumario de conmover a los hombres. Era un vehículo un poco desventajado para acarrear emociones, es cierto. Pero cambiando las historietas y su moral, ejerciendo ágil y hábilmente la sátira, empleando formas parabólicas, acaso no sería tan eficiente o más que otros medios de difusión como el libro o el folleto? Entre la letra pasiva e inánime del impreso y la palabra viva y la mímica, su superioridad y excelencia es indiscutible. ¿Llevarlo a la práctica en los modernos tiempos? — se nos preguntará. Prevemos las objeciones que se nos opondrán. En aquella remota época se explicaba la necesidad del *cantastoria*; hoy en cambio, con el cinema y las compañías de toda suerte y condición que deambulan por el "bosque", a quien se atreviese

a tomar tal iniciativa, no sólo nadie le escucharía, sino que se le correría a pedradas y tal vez a escopetazos. Todo es posible. Ya no abundan los corazones candorosos. Sin embargo, la novedad, la extrañeza que suscitaría la aparición de este personaje, tal vez le fuese favorable. Por lo demás no queremos insistir sobre el particular. También es otra sugestión que hacemos, sin mayores alcances, y sin mayores probabilidades de ser realizada. Es un dato ilustrativo más, que lanzamos al vacío...

Lo más practicable será entonces el teatro de sombras y el guiñol. Las marionetas tuvieron su difusión en todos los tiempos, con auge mayor o menor en cada época. El teatro Gémier, el *Chat Noir* de Henry Rivière, en París; "Los cuatro gatos" en Barcelona, con Rusiñol, Utrillo, Casas y Pompeyo Gener dan fe de ello y nos demuestran que relativamente muy cerca de nuestros días el teatro de títeres tuvo ilustres cultores, que no desdeñaron este género infantil y grotesco. En Londres, en uno de sus teatros de más campanuda tradición, los muñecos de la antigua farsa italiana tuvieron un éxito enorme entre los niños y también entre los adultos.

Un teatro destinado a ese objeto es fácil de fabricar. Basta que a un cuadrilátero se le saque una tabla para colocar el telón de boca, decorado según las capacidades de cada uno, para tener listo el escenario. El telón que sirva de fondo a la escena podrá pintarse sobre la misma madera, o si se desea poseer varios se recortarán pedazos de cartón de la misma medida del ancho del escenario para cambiarlos según lo que se va a representar, aunque un fondo inamovible es más cómodo. Queriendo extremar los efectos, para fondo también podría usarse una tela, en la que se pintará el interior de un aposento, el paisaje,

la calle, y luego se le colocará atrás una fuerte lámpara a fin de que cobren vida los colores. Las candelillas alrededor del borde del escenario contribuirán a darle realce a los muñecos. Ahora nos quedará éstos para confeccionar. Para ello se empleará cartón o tablas delgadas, si se quiere hacerlos resistentes a un cierto número de representaciones. Los célebres títeres de Henry Rivière del "Chat-Noire" estaban pintados y recortados de una chapla de zinc, lo que otorga vistosiad y nitidez a la silueta. Atrás de la entrada del escenario, de los dos lados, se escalonanrán los bastidores para que los personajes no se confundan y tengan por donde salir y entrar. Tratándose ya del teatro de sombras, los juegos de luz son los más importantes, que agrandando y empujando sucesivamente las figuras, resultan grotescas a los ojos del espectador. Algunos de estos personajes podrán ser articulados a fin de aumentar el efecto cómico y dramático. Lo primordial es que éstos no sean muy numerosos y además sean síntesis y compendio caricatural de una determinada clase y de cierta fauna social. V. g.: el casero, amarillo, colorado, apoplético, reventando de cólera contra los inquilinos morosos; el gomoso, el petimetre, con el cabello engominado, con ojeras de mercenaria, con el cuerpo lleno de protuberancias; la niña tilinga y gótica, larguirucha o retacona, con la melena a la gorgonea, caricatura de todas las modas, que todo lo encarga a París, hasta los novios; el burgués, llorón como un cocodrilo y obeso como un hipopótamo, con el brillante químico del tamaño de una avellana; el cura, el milico provinciano que, armado de machete y colt, ya se cree presidente de la república y etcétera. En fin, esto se halla al arbitrio de cada uno y librado a las luces de cada cual. La parte más árdua de estas caricaturas modernas es crear caracteres, símbolos como lo son todavía

Pantalón, Arlequín, Pierrot, Colombina, Sganarella.

Con la colaboración de algunos compañeros dados al ejercicio de las letras conseguiríase franquear este obstáculo. Los accesorios, como casas, árboles, grupos de personas son los pormenores que no cuentan, porque se fabrican a medida que surja la necesidad. Una persona podría desempeñar dos o tres roles, cambiando la voz, aunque sería preferible que cada camarada haga hablar un solo personaje. Esto le daría una variedad al espectáculo que acrecentaría el interés del auditorio. Las piezas escritas para un escenario de esta especie, permitirían a sus autores todas las fantasías, las sátiras más aceradas y la enunciación de verdades acres y corrosivas, aptas a quemar las caras, dejando rastros duraderos que por ir envueltas en la risa y el cascabeleo del humorismo, todos se las beberían sin darse por aludidos y cada uno le achacaría defectos y vicios al vecino que ellos mismos poseen en grado superlativo. Es la añeja divisa latina que hicieron suya todos los humoristas del orbe, desde los latinos hasta los modernos: *Cuigtat ridendo moros...* En buen romance: enmendar malas costumbres y pésimas mañas riéndose y sonriendo.

Considérese ahora todo lo escrito hasta aquí sólo como un embrión de proyecto, la larva de una idea y el esqueleto que hay que vestir de músculos, ponerle un corazón y un cerebro para que viva y ande...

III

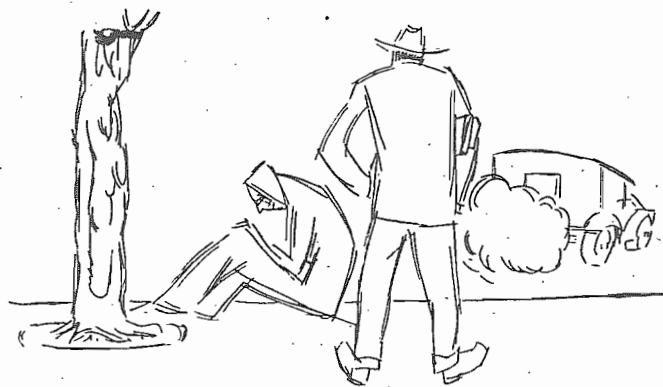
Sin ánimo de censura para nadie ni de la crítica más leve, declaramos que los espectáculos organizados por los distintos grupos anarquistas no fueron nunca "satisfactorios", contemplados desde el punto de vista artístico, cultural y revolucionariamente ético. A nadie culpamos. Lealmente afirmaremos, además, que a nadie hacemos responsable de este hecho porque verdaderamente no lo son. Harto sabemos que todos ponen su mejor voluntad y si no hacen más es que sus limitadas fuerzas se lo vedan.

Sin embargo, el nivel cultural y la excelencia artística de esos espectáculos, con poco esfuerzo que se hiciera, podría elevarse. Existe un vasto tesoro teatral inexplorado. Florencio Sánchez, Otto Miguel Cione, Guimerá y otros que las farándulas de aficionados interpretan para beneficio de las masas acratas, son muy respetables y merecedores de las más candente admiración; pero por lo conocidos debería otorgárseles un pequeño reposo. No es irreverencia por parte nuestra. Es hacer notar que hasta el perfume de la rosa cansa. También es afán de renovación en consonancia armoniosa con nuestro ideal de inquietud eterna.

Pongamos por caso que se elija a "Crainqueville" el cuento satírico de Anatole France y se lo adapte a la escena; o dirijámonos a Mirbeau, dejando de lado "Los Malos Pastores, para elegir "Los negocios son los negocios"; o "El poder de las Tinieblas" de Tolstoy o "Los Tejedores" de Gerard Lautman; o de Ibsen "El enemigo del pueblo", uno de los dramas sociales más densos de enseñanzas. Y tantos otros que sería largo enumerar. En nuestra misma producción literaria existe un drama que estudia con sagacidad y fineza psicológica al ambiente anárquico. Nos referimos a "Météore Rosse" de Inkyo, que creamos se halla en venta y al alcance de todos los bolsillos. A un sainete de Pacheco debe preferirse piezas de puros kilates espirituales, en las que, mezcladas a las grandes pasiones de los hombres se debaten problemas morales de trascendencia multiforme para la vida social del pueblo. Hay que refugiarse en los genios para encontrar, a la par del candor del niño, la potencia del creador, quien esclarea lo más abscóndito y abstruso de los enigmas de la vida y de la naturaleza, reasumiéndolos en síntesis poderosas, que serán las verdades asimiladas por la masa anónima, que hará de ellas proverbios, adagios, refranes, luego, perpetuándose de boca en boca...

Ya adivinamos la nueva objeción que se nos hará. Que no existen actores ni compañías, con suficiente idoneidad en su oficio de cómicos, capacidad comprensiva e inteligencia para interpretar pasablemente esas obras geniales. Es cierto. No negamos la evidencia de esta falla fundamental. Aunque hemos de confesar, magüer los sólidos argumentos expuestos, que nos avendríamos a soportar una obra de Ibsen pésimamente desempeñada.

Consejos revolucionarios



Ante una viejecita temblorosa
que su mano me extiende como marchita flor,
me detengo un instante, con vergüenza
de la poquita cosa que le doy.
Al verme un amigote,
político, orador,
me exhorta: "Compañero, muy mal hecho";
y, ahuecando la voz:
"Si la limosna censura al que la entrega.
"al que la pide humilla en su dolor.
"Y, sobre todo, amigo, esto es lo grave:
"¡lima en su base a la Revolución!..."

Y este rebelde parlamentarista,
político, orador,
que a todos les espanta un: "¡compañero!"
con ahuecada voz,
fosa común de tanta frase hecha,
caíra lustrada para senador,
sube a su auto que sé va ladrando
gacofonías con su cornetín.

JUAN GUIJARROS

ot, Colombina.

algunos compa- de las letras este obstáculo. r, árboles, gru- ormenores que ican a medida na persona po- es roles, cam- ería preferible ablar un solo a variedad al- a el interés critas para un permitirían a asias, las sáti- iación de ver- ptas a quemar duraderos que a y el cascabe- se las beberían cada uno l- s al vecino que rado superlati- tina que hicie- istas del orbe, modernos: Cu- ben romance: res y pésimas ndose.

lo escrito has- nrión de pro- a y el esquele- músculos, po- drebo para que

para nadie ni deáramos que os por los dis- no fueron nun- plados desde el cultural y revol- culpamos. Leal- ás, que a nadie hecho porque Harto sabemos voluntad y si limitadas fuer-

cultural y la ex- s espectáculos, hiciera; podría tesoro teatral- chez, Otto Mi- ches que las fa- interpretan pa- s ácratas, son- ores de las más o por lo con- un pequeño re- or parte nuestra el perfume de as afán de reno- armoniosa con eterna.

que se elija a satírico de Ana- e a la escena; dejando de lado ra elegir "Los r"; o "El poder oy o "Los Teje- n; o de Ibsen uno de los dra- de enseñanzas. argo enumerar. acción literaria dia con sagaci- el ambiente an- Metéore Rosse" halló en venta bolsillos. A un referirse piezas les, en las que, pasiones de los olemas morales me para la vi- que refugiarse ar, a la par del cia del creador, oscóndito y abs- la vida y de la s en síntesis po- rdades asimila- a, que hará de refranes, fue a en boca...

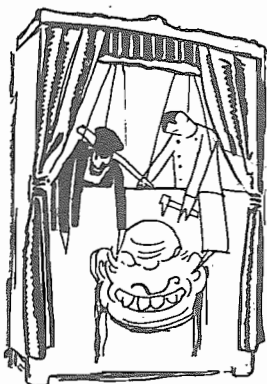
ra objeción que sten actores ni e idoneidad en eidad compren- terpretar pasa- ales. Es cierto, a de esta falla os de confesar, mentos expues- a soportar una nte desempeñ-

na y no una pieza de Velloso o de Vacca- zezza jugada brillantemente. Con la te- ratología criolla roncariamos anestesia- dos de oír y ver tantas ineptias, estupe- ces y porquerías; y con el dramaturgo escandinavo, ateniéndonos al texto y con un poco de imaginación, saldríamos exce- lentemente refocilados en el espíritu y en el intelecto.

Es una verdad incierta y mendaz la que pretende difundir la malhadada espe- cie presentando a los genios como se- res atrabiliarios, incomprensibles y abs- trusos, extendiendo esas miserandas ta- ras a sus mismas producciones. Es así como se le infunde al pueblo la creencia que esos gigantes se hallan fuera de sus alcances, dejándolo en la convicción de que jamás los comprenderá.

Es necesario e imperioso que nuestros camaradas que asisten a las raras funcio- nes teatrales efectuadas bajo la égida de diversos grupos, no sigan ignorando aque- los que, por ser artistas, pensadores pre- ciosos y hombres de teatro geniales, no se despojaron de su hombría y máscara rebelde, proclamando su ardiente des- conformidad con este mundo para fusti- gar los que han manchado las fuentes de la vida con su bajo egoísmo, sus apeti- tos de lobos y con su exclusiva y vesá- nica pasión por el oro, amasado por la sangre y las lágrimas de millones de se- res. La frecuentación de esas obras di- fánas de forma y de hondos conceptos fecundaría muchas conciencias. En los prin- cipios, como el morfomano que repenti- namente le quitaran el tóxico, se hallarían incómodos por la rarefacción de la at- mosfera en esas altitudes; luego, al fa- miliarizarse con ellas, desintoxicándose del cardumen de imbecilidades doradas y servidas como manjares deliciosos, se encontrarían como aquel que resucita a una nueva vida. ¿Para quiénes se han es- crito "El Cristo Negro" de Saint Geor- ges de Bouheliér y su "Carnaval de los Niños", sino únicamente para el pueblo? Y casi casi, afirmaríamos que para los anarquistas...

Si, es necesario, lo repetimos, que estas obras se representen y sean conocidas por los que aún sueñan y anhelan una futura y posible depuración social. Hasta propondríamos que, de no haber actores y actrices, ni compañías capaces de in- terpretarlas, se improvisara un grupo de voluntariosos aficionados para recitarlas. En obras como "Crainqueville", "El Ju- gar de la Virgen" de France, servirían mejor los muñecos que los actores malos. ¿Por qué no? Son sátiras, fantasías, pie- zas irreales. ¿Por qué, entonces no em- plear también personajes irreales, fuera de las humanas convenciones? Todo es preferible a ahogarse en este marasmo, chapoteando en el fango y abrevándonos, para aplacar nuestra sed de belleza, en la charca sucia de la teratología criolla. Y lo dicho no atañe solamente al reducido ambiente anarquista, sino que se dirige a los que, asqueados por el batacanismo y por la pornografía soez, desean con ar- diente irracundia el incendio de esta redi- vna Gomorra para sobre sus cenizas hu- meantes construir un teatro y crear un



arte teatral limpio, recio y puro, que tien- da a unir los hombres y no a separarlos; a no envilecerlos, sino a purificarlos, por el fuego de las pasiones nobles.

Los que se sientan con ánimo a de- rribar para una futura construcción, ma- no a la piqueta y a la pluma.

At.

UN APOSTOL DE LA REVOLUCION EN BULGARIA

La fuerza creadora revolucionaria en Bulgaria antes de la emancipación del yugo político de la dominación turca y la entrada de lleno en el régimen capita- lista, se revela principalmente en dos mo- vimientos libertarios de mucho valor: el movimiento "bogomil" en la edad media y la lucha épica de los "jaiduti", que in- cluye en la segunda mitad del siglo pa- sado la obra revolucionaria del poeta- mártir Cristo Boteff.

"Bogomil" se han llamado los adeptos de un movimiento poderoso con cierta tendencia religiosa, los cuales querían li- bertar al pueblo de toda opresión. Negab- an todo servicio religioso oficial, la pro- piedad privada, el poder existente, y prac- ticaban el amor libre. La influencia de los "bogomili" se sintió en Europa cen- tral y Francia. Es un movimiento raro, poco estudiado y comprendido, eminentemente revolucionario para la época.

Mientras en Europa Occidental germin- aban dentro del régimen feudal las nue- vas clases sociales que luchaban por sus derechos, en Bulgaria se fortalecía el fe- dalismo. El pueblo se moría de hambre y estaba sumido en miseria completa. Entonces entre la masa esclavizada bro- taban rebeldes, que, arma en mano, lu- chaban contra los opresores, defendiendo los intereses del pueblo, sus intereses, to- mando represalias contra cualquier abu- so de los poderes existentes. Estos hom- bres, llamados "jaiduti", se agrupaban alrededor de un anhelo común: la libe- ración de Bulgaria de la opresión otoma- na. Más tarde, por razón de sus progra- mas futuros, se definieron tres tenden- cias. Unos — cuyo intérprete era Luben Karaveloff — proyectaban una república, teniendo por modelo Francia, Suiza y Es- tados Unidos. Los segundos fantaseaban una república democrática, con más li- bertad y poder para el pueblo; tenían ideas no definidas del socialismo; entre ellos sobresale como atrevido organizador de revueltas populares y héroe revolucio- nario, Vasil Levsky, que fue traicionado por un "pope" búlgaro y ahorcado por los turcos. Los terceros eran comunistas y anarquistas definidos, cuyos ideales de li- bertad integral expresó magistralmente Boteff.

La creación del alfabeto eslavo por los dos hermanos macedonianos Cirilo y Me- todio no es ninguna obra revolucionaria. Los que no son chauvinistas tienen que negar el valor positivo de esta invención que perjudicó a los pueblos eslavos en particular y a toda Europa en general. El alfabeto eslavo, en su forma primitiva, ha sido difícil, complicado y poco prác- tico. Con mayor provecho y facilidad los eslavos hubieran podido adoptar con pe- queñas modificaciones el alfabeto latino u otro existente, en vez de inventar un nuevo sin ventaja posible para la civili- zación y el perfeccionamiento.

Pero el tema que intentaremos desarrol- lar no será explicar el movimiento "bo- gomil" ni el origen y los inconvenientes del alfabeto eslavo, sino dar una ligera descripción sobre la vida y la obra del poeta y revolucionario Cristo Boteff.

Nació el año 1847 en el pueblo Kalofer, situado en la célebre "Rosova dolina" (Valle de las rosas), en Bulgaria. Actual- mente este es el lugar estratégico prefe- rido por los camaradas que desarrollan una acción tenaz y de mucha eficacia en la lucha ilegal contra los militares que asumieron el poder en este país y los que por sus violencias y brutalidades ex- cedían a todas las reacciones existentes. Bajo el yugo turco, igualmente como hoy, el pueblo de esta región, relativamente inteligente y despierto, fué ferozmente masacrado. Buena parte de los miles de camaradas que perecieron en la revoluc- ión de septiembre de 1923 eran habitan- tes de los pintorescos pueblitos escondidos en los valles del Balcan. La población se compone de tipos altos, fuertes, de tez oscura, buenos y hospitalarios. Son pe- queños propietarios agricultores, que se ocupan casi exclusivamente en la planta- ción de rosas muy aromáticas, de cuyos pétalos destilan la conocida esencia de rosa. Es una región muy hermosa, situa-

da entre dos montañas de cumbres altas, cubiertas de un manto verde de bosques espesos, praderas verdes y abundantes arroyos cristalinos. Ha dado al país mu- chos apóstoles libertarios: Levsky, Ra- covsky, Beucovsky, etc.

El padre de Boteff fué maestro y tuvo cierta influencia sobre la formación del carácter de su hijo. Este desde niño fué muy ingenioso, inquieto; prodigio de vi- da, inteligencia y fantasía. Como alum- no en la escuela elemental calificó a los maestros pedantes de reaccionarios y ex-



cita a sus condiscípulos para la huelga. El pequeño pueblo, entusiasmado, deja las clases. Los maestros alarmados en- cuentran en el patio de la escuela, un auditorio extasiado por los cuentos y fan- tasías del futuro poeta. Más tarde toma parte en comités revolucionarios clandesti- nos. A los 14 años habla ya en reunio- nes públicas y sus discursos muestran ya un espíritu adverso no solamente a los tiranos turcos, sino también a los burgueses búlgaros que tenían en su haber solamente una máscara revoluciona- ria. Boteff crece y forma su inteligencia en un ambiente turbio por la agitación libertaria, germinando espontáneamente en el país bajo el signo de la lucha sin cuartel, legal e ilegal, contra los turcos, para la obtención de su independencia política y religiosa. El pueblo búlgaro, co- mo los pueblos balcánicos en aquella épo- ca, estaba sumido en la más completa ig- norancia. Pero haría ya de los abusos y las persecuciones, parecía un gigante que se despertaba después de 500 años de es- clavitud; palpaba. Agitadores voluntarios y desconocidos recorrían los pueblos, levantaban los ánimos, organizaban re- vueltas. Pero en general las ideas fueron de escasa comprensión verdaderamente revolucionaria, porque no ostentaban idea- les más altos que las ficticias indepen- dencias política y religiosa en el régimen burgués. Por eso el espíritu eminentemen- te revolucionario de Boteff fué adqui- riendo forma completa, en su vida de emi- grante.

El padre, temeroso por las consecuen- cias que la conducta de su hijo podría traerle, lo envía a Rusia, donde ingresa en el colegio nacional de Odessa. Boteff, que tenía hasta aquel entonces ideas erró- neas con respecto a la vida de la plebe

en los demás países, encuentra la oportu- nidad de constatar que el puño opresor descarga sobre el pueblo no solamente en Bulgaria esclava, sino también en la "libre" Rusia. Entonces su indignado es- píritu idealista y rebelde lo adhiere a la acción de los círculos revolucionarios clandestinos rusos. A la edad de 17 años ya es un revolucionario hecho. En el mis- mo colegio muestra claramente sus con- vicciones, replicando a un profesor que sostenía la tesis de que las revoluciones siempre traen la tiranía y son la negación de las leyes divinas y de la armonía del mundo, con las siguientes palabras sig- nificativas: "¡Es mentira! Las revolucio- nes guían hacia la igualdad perfecta y cuando estén hechas por pueblos enteros traerán el bienestar completo; temprano o tarde, los tiranos caerán." Y a otro "pope", que sostenía delante de los alum-

nos, de que Dios es grande y el ateísmo anticristiano, puerco sucio y repugnante, dijo: "¡Infame! Dios es nada; el hombre es Dios. Nosotros y nuestras acciones es- tamos sometidos a las leyes de la natura- leza. La ciencia es todo y vuestro Dios — precisamente es el puerco." Al año si- guiente lo echan del gimnasio por mala conducta. Tiene 18 años pero es la cabe- za y el corazón de los "kruloks" revolucio- narios. Conoce los calabozos y pelea con la policía. Dos veces se escapa de las manos de los gendarmes. Huyendo de la policía de Odessa, sienta plaza de maes- tro en un pueblecito ruso. No pierde nin- guna ocasión de inculcar sus ideas entre los campesinos y los alumnos. Atrevido hasta hacer propaganda entre un regi- miento de cosacos — los soldados más fieles del zar — tiene que escapar apresu- radamente de Rusia, en dirección a Bul- garia, donde permanece poco tiempo. Se emplea de maestro en la escuela donde pasó su infancia y cuyo director es su padre. Aquí introduce los sistemas más modernos de enseñanza. En sus alumnos y en la juventud en común ve los futuros libertadores del pueblo. Bajo la forma de excursiones infantiles ejercita a sus pe- queños camaradas en el tiro, ataques y defensas, inculcándoles el espíritu de re- belión. Pero siendo traicionado por los mismos "chorbadili" (burgueses) búl- garos, detestados y perseguidos incesante- mente por él, tiene que huir otra vez al extranjero. Ingresa en la Facultad de Medicina de Bucarest (Rumanía), pero pronto debe dejar sus estudios porque los tra- bajos de los comités y la redacción de la prensa revolucionaria reclaman todas sus energías. Recorre las ciudades rumanas, principalmente los puertos del Danubio donde los "jaiduti" establecían sus viva- ques temporales cuando el crudo invierno

no de Bulgaria impedía la vida en las montañas. Sumidos en miseria cabal, esperaban impacientes la primavera, para pasar otra vez el Danubio y sacrificarse por sus ideales. Aquí permaneció Boteff sus últimos años hasta el momento supremo de afirmar sus convicciones con el precio de su vida. Aquí prosiguió su obra de propaganda y escribió sus obras literarias, empezadas en la escuela secundaria de Odessa.

Describiremos con pocas palabras la magnitud de Boteff como poeta.

Es el mejor poeta del país. Su nombre es casi completamente desconocido para los extranjeros. Creado en el ambiente específico de la época, bajo el yugo turco y los círculos de la emigración búlgara en Rumania y Rusia, debía ser difícilmente comprendido en otro país, en cuanto a sus formas.

Boteff no es un poeta "decadente" de "el arte por el arte", sino que su espíritu coincide con el de Bielinsky, Dobrolíboff y Chernichevsky, que se resume a lo siguiente: el arte está estrechamente ligado con la vida y la ciencia. No es el suyo un arte artificial, como lo titulaba nuestro camarada Kropotkin, sino el arte al servicio de sus ideas revolucionarias, basado sobre el principio expuesto más tarde por Tolstoy; el valor de una obra depende de la comprensibilidad para la gran masa. Boteff, como todos los espíritus elevados, detestaba la "élite" intelectual revolucionaria o literaria. Dirigiéndose al pueblo no usaba la forma embarazosa de exponer pequeños pensamientos; explicaba al pueblo grandes verdades con palabras simples, sencillas, puebleras, que pierden parte de su fuerza en la traducción. Es como verter *Martin Fierro* a otro idioma. Los nombres fascinan, alucinan. Freud podría explicar este fenómeno. El pensamiento argentino por ejemplo, está acaparado por Francia y España. Víctor Hugo y Anatole France son más leídos que Dostoyevsky o Tolstoy.

Boteff es un escritor por excelencia: maestro del verbo, diestro, y atrevido pensador. No escribió obras voluminosas (la muerte prematura aniquiló sus proyectos) pero sí lo suficiente como para escalar el pedestal máximo de la poesía búlgara. Son notables sus poemas "Elegía", "Jaiduti", "Borba", "Lily e toy", etc. Este último es considerado unánimemente como el obra maestra, el mejor trozo de poesía del país, por su forma y por su idea. Expone magistralmente los pensamientos de un héroe mortalmente herido en la lucha por la libertad. La relación entre la naturaleza y el mártir. El cielo y la tierra, las fieras y los poetas glorificarán su nombre. Las águilas hermanas le hacen sombra y lo refrescan; los lobos lamen compasivamente sus heridas, el sol está triste. A lo lejos se siente el canto de las esclavas que, hoz en mano, cosechan espigas de oro. El héroe se muere, pero los mismos bosques y el viento entonan cantos rebeldes.

En sus obras es como en su vida. Contra todos los prejuicios no contrain matrimonio oficial, ama a su compañera, ella le adora. Es enemigo declarado del clero y de la religión. En su "Moliva" expone sus ideas de esta índole. No cree en un Dios que está en el cielo, sino en un Dios de la tierra, no el Dios adorado por los curas, sino el que está en su corazón y en su alma.

Todas sus obras gozan de gran popularidad en Bulgaria. Todos los críticos burgueses que han intentado encontrar defectos en sus escritos, han sido objeto de risas irónicas y se han ahogado sin dejar rastro en la admiración de todo un pueblo. La burguesía, sin fuerzas para oponerse a esta popularidad espontánea, se interesó en la memoria del poeta, al igual que el parlamento mejicano con nuestro camarada Ricardo Flores Magón. El Vaticano, impotente contra Anatole France, mandó incluir sus obras en el "Index". La burguesía búlgara no se contentó con esto solamente, sino que quiso tomar la fortaleza desde adentro: críticos pagados se empeñaron en encontrar en sus obras contenido y frases patrioterías... Los que conocen la vida y las obras de Boteff se ríen de tales proposiciones.

Sus escritos publicados en los diarios de la época subrayan principios subyugantes de estructura revolucionaria. No son los pasos vacilantes o determinaciones inseguras de un principiante. Traza con palabras firmes, pensamientos concentrados, máximas altamente apreciadas. Cuando periodistas pagados y sin escrúpulos, tiraban todo y echaban peste contra la Comuna de París, que Bakunin de-

fendía en sus discursos, surge de la pluma de Boteff una defensa cálida, poco conocida en la historia del movimiento anarquista, una página digna de Rafael Barrett.

"Lloran por París: capital de la corrupción, la civilización, la escuela del espionaje y la esclavitud. Lloran filántropos por los palacios de los vampiros terribles, los grandes tiranos—por los monumentos de estupidez y barbarie, contruidos con las cabezas cortadas de tantos precursores, tantos grandes pensadores y poetas, con los huesos roídos de tantos mártires del pan cotidiano. — ¡Lloran! ¡A los locos nadie puede consolar, a los rabiosos nadie puede amansar! — ¡Anatematizan a los comunistas porque arruinaron la metrópoli y murieron con las palabras criminales: libertad o muerte; pan o plomo! — ¡Escupen sus cadáveres y los cadáveres de aquellas víctimas de la civilización que han abraído y abrasan: lo mismo que a sus mujeres, hermanas, madres, que hoy titulan prostitutas rabiosas, porque tenían la fuerza de tomar el arma para salvarse del abismo de la corrupción! Tiran todo y piedra sobre la tumba de Dombrowsky, porque no se hizo lacayo de ninguna cabeza coronada y fue luchador de una idea grande, un fin elevado y puso su pecho contra los traidores de Francia y los culpables de tantas desgracias humanas. Todo el mundo llora a París, todo el mundo maldijo la Comuna y nuestra pobre prensa no quedó en esto atrás. ¡Y ella llora lo que no tiene alma, maldiciendo lo razonable! ¡Risa ridícula! Como si desde Nímvrodo hasta Napoleón, desde Cambises hasta Guillermo, la guerra no representara un mismo fin con unos mismos medios. Como si Napoleón en el nombre de civilización y Guillermo en el nombre de la voluntad divina no hicieran mayor mal que Alejandro de Macedonia con sus expediciones tantos años antes. Pero en esto consiste la barbaridad, por esto es culpable y anatematizado el esclavo, el hombre, porque no atendiendo nadie a sus palabras y su razón, recurre a los extremos y lucha por la vida o la muerte según sus medios que son bajos porque son pequeños y son pequeños porque se los han quitado los potentados. Entonces le titulan hombre criminal, libertino, bajo y bárbaro. Tales eran y son los comunistas. — El cristianismo tuvo sus mártires hasta el momento que llamara al esclavo, "hijo divino es hijo humano", los tuvo la revolución para "hacer ciudadano al vagabundo", los tiene y los tendrá el socialismo que quiere hacer al hombre más hijo divino y ciudadano — no ideal, sino hombre verdadero de quien depende la ciudad y no el de la ciudad". El cristianismo, la revolución y el socialismo — la monarquía, la constitución y la república, son hechos y épocas históricas, que negaría solamente el que no reconoce el progreso de la humanidad. La escuela y solamente la escuela dicen los viejos, salvará a Europa del cambio social. — La escuela y solamente la escuela, repetimos nosotros, la preparará para este cambio; pero no la escuela de Zlatousty y Loyola, Guillermo y Napoleón, sino esta de Furier y Proudhon, Cuvier y Newton — la escuela de la vida. Los comunistas son mártires, porque no importan los medios de la lucha por la libertad, sino la idea de esta lucha. "La libertad tendrá sus jesuitas", dice Heine. Nuestra prensa, como la europea, tiene que conservar sus lágrimas para llorar otras metrópolis, otras barbaridades y sufrimientos, cuando el esclavo grite al patrón: "¿Quién eres tú que lloras? ¿Hombre, mujer o hermafrodita — fiera o pez?" Y será un día — el día primero...

En el movimiento por la libertad política de Bulgaria ha sido fuerte la influencia de los pequeños burgueses que desconfiaban y temían las fuerzas propias del pueblo y confiaban su suerte en el zar ruso como un Dios todopoderoso. Boteff lucha encarnizadamente con ellos y sus escritos determinan claramente una idea fundamental: el emperador ruso y su camarilla son ultra reaccionarios y de ellos no se puede esperar nada bueno en favor del pueblo. Y si este pueblo reclama solamente mandatos propios, no tiene por qué luchar; porque como tales todos son iguales, tanto los turcos como los demás. Dice, junto con Proudhon, que "todo gobierno es complot, conspiración contra la libertad de la humanidad". Aconseja al pueblo apoyarse ante todo en sus propias fuerzas; ayuda podrían darle, no el zar ruso, sino hombres como Baku-



nin, el pueblo ruso o la futura Rusia libre.

A sus camaradas mayormente poco instruidos explica con metáforas pintorescas la situación de la política europea: Bismarck, montado sobre la esfera terrestre, chupa de ella vino amargo por la salud de Alemania; el abuelo Gorchacoff distribuye galletitas para la salvación de las almas; el de los esclavos; el maestro Albrauchy toca chardach y convida a los hambrientos tchecos, serbios y croatas a cantar y bailar... Lord Derby afila su navaja sebastopoliana para cortar queso fresco para el comercio europeo, o de los muslos de alguna africana o asiática, "bifteks" para la filantropía inglesa. Los "primos" españoles pisan el cuerpo de su madre, manan sangre de sus pechos y escúpanse uno a otro a los ojos... No tiemblen señores, yo sueño. En todas partes de la telaraña hay silencio y quietud, todos son dichosos bajo la sombra espesa de la araña. Solamente hallan a una mosca y le chupan la sangre; aquí, a otro... más allá han colgado una tercera para que se seque un poco...

Todos sus escritos se caracterizan por su estilo realístico, impresionante, violento.

Boteff combina la teoría con el hecho. Acciona, organiza, agita. Con sus camaradas comparte sufrimientos; persecuciones, hambre y miseria. Pocos como él, tan reueltos a sacrificarse por sus ideas de felicidad común. Trabaja y vive siempre con los obreros, detestando y persiguiendo a los poderosos, que veían en él una fuerza formidable y deseaban atraerlo a su lado.

Tiene el carácter y la capacidad de Bakunin y el alma sensible de Máximo Gorky. Orador y cantor, actor aficionado y poeta inspirado, atrevido hasta al temeridad, viril, con cuerpo de atleta griego, perfecto tirador y ginete terrible en la lucha legal, es el ideal de la juventud idealista y rebelde en Bulgaria.

Viene el memorable año 1876. Los emigrantes búlgaros en Rumania están en continuo movimiento. Proyectan una incursión a Bulgaria, la que combinada con un levantamiento popular interior traerá la deseada libertad. Preparan armas, municiones, vestidos, inscriben voluntarios. Todo está listo. Boteff con 200 adeptos tiene que cruzar el Danubio y batir el imperio otomano. Son pocos; su divisa es "libertad o muerte". Valen mucho. Un día varios obreros quinteros se embarcan de diferentes puertos rumanos en el vapor austriaco "Radezky". Cargan herramientas en pesados cajones... En medio del río rompen los cajones, que es-

taban llenos de armas, y se posesionan del barco imponiéndole al capitán atracar en la orilla de Turquia, hoy Bulgaria. Desembarcan y toman la tierra donde tienen que morir heroicamente. Casi todos perecen en los combates con las fuerzas regulares y las milicias turcas. La lucha ha sido espantosa, uno contra diez, contra cien. Pero luchaban por algo más que la vida — la libertad. Cerca de la montaña que pasa por el centro de Bulgaria, en mayo de 1876, (el año mismo de la muerte de Bakunin) una bala que atravesó la frente que alentaba tan altos ideales libertarios, puso fin a la vida del precursor del anarquismo en Bulgaria.

En los alrededores del lugar donde mataron a Boteff, los contra-revolucionarios hicieron masacres espantosas en la revolución de 1923. Masacres como las que hizo Thiers con el proletariado parisiense, comparadas con las cuales, paldiecen las infames matanzas de Santa Cruz. La indignación del pueblo fue borrada con hierro y fuego. Vencieron, piensan ellos. Mas el proletariado búlgaro trabaja para convertir el histórico lugar en tumba de los vencedores.

S. D. STRESOR

LIBROS PUBLICADOS POR LA

EDITORIAL LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin—Un tomo de 336 págs. En rústica, \$ 1.50, en tela \$ 3.50.—

Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición.

Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00.

El Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50.—

Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkin. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50.

Encuadernación tela, \$ 1.50 — *Cartas a una mujer sobre la anarquía*, por Luis Fabbi. En rústica, \$ 0.50.— en tela \$ 1.50.—

La Ucrania revolucionaria, por A. Souchy — \$ 0.30.

Panorama Plástico

Durante el año fenecido y el que comenzó, hubo para las artes plásticas argentinas un ascenso o descenso, en el nivel de sus diversas manifestaciones, exhibidas en certámenes, en exposiciones y muestras personales?

Al responder a esta decisiva e inquietante pregunta, a fuer de sinceros, contestaremos que nos hallamos, por lo milagroso de este fenómeno antinatural — en otras partes, menos aquí, — en un perfecto y absoluto estancamiento. Se vive, se respira, se manuda y se labora — mentalmente muy poco — en una atmósfera de limbo, mediocre, pacato, inócuo y con el simple propósito de medrar, rampando, aún sea con la lentitud de la tortuga, por el palo enjabonado de la adulación artística, del cual penden las recompensas oficiales... Conseguidas estas, los agraciados se deslizan; se resbalan y llegan al "terre a terre" para seguir produciendo con la tranquilidad del caracol, encerrados en sus respectivos cascarones. Nunca un grito destemplado, un gesto generoso, una actitud que descubra el hombre con sus pasiones, sus desequilibrios, defectos y cualidades másculas, propias de una inmensidad de criaturas que no se gastan en achaques artísticos y simulacros estéticos... Si, el muestrario y el plantel artístico de este país carece de relieve, vuelo lírico y de esa pizca de locura que le diferencia del espeso filisteo y que es la divina sal para sazonar la prosa cotidiana y vulgar... Parecen más bien burócratas conchabados por el Estado y que concurren al estudio, como a una oficina, desgastados, bostezando, burguésese en su magín, qué tema elegir para el próximo salón, y con cuál figurín vestirlo o pintarlo.

Contemplando con cierta perspectiva el panorama que nos ofrecen los esfuerzos y las actividades desplegadas en las muestras colectivas y personales, constataremos que todo está como estaba antes. Es decir, desde aquí a unos seis años. No se progresó un ápice, y si hubo de retroceder más que adelantar. A los viejos maestros achacosos y tartamudos los sustituyeron otros jóvenes maestros que después de un retoño de juventud con un par de obras, se hallan en la pendiente de ser tan achacosos, tartamudos y brutos como sus desaprensivos antecesores. Es la simbólica antorcha de la obra de Croisset; pero apagada y humeante, que se la transmiten de maestro a discípulo, de padre a hijo, como herencia sagrada de recetas y malas mañas. Y nos parecen más perniciosos los recién llegados a la gloriola local, que los consagrados oficiales y canónicamente por la imbecilidad de la crítica, por la ceguera de un público ignorante, que asiente, paga, calla en las raras veces que compra. Calla y vuelve a sus negocios, de tierras, de propiedades, de cueros, de verdura o a su consultorio. Si es médico, para olvidarse a los dos días del cuadro o libro adquirido, que resulta así un mueble de lujo y de adorno, mera satisfacción de una vanidad de advenedizo, a quien la cultura y el dinero doró su estupidez e insensibilidad ingénita.

Ni el público, ni los artistas, ni los oficiales en la crítica plástica, se apasionan por los problemas inherentes al arte. Arden de ropa para fuera para despidar. Dan vuelta a la noria de los mismos lugares comunes, repetidos durante

años, constituidos y limitados a la vaquita, al paisajito, el retratito, y a la crítica mezquina, retrechera, mechada de retencencias, cuando hay que poner en su verdadera luz un valor nuevo; siendo en cambio desafortunadamente bombástica al tratarse de quien se encaramó al árbol de la cucaña, entrando en el Museo por la puerta falsa del desfachatado favoritismo.

No existe un solo caso en que los críticos oficializantes hayan descubierto, adivinado o defendido un talento verdadero que empezaba a empinarse, asomando a la vida del arte. Hasta ahora, el genio desconocido no apareció en nuestro medio, es cierto. Pero a los escasos artistas con dones de inteligencia y altivez no se cesó de hostigarlos, con el deseo evidente de hacerlos zozobrar para que naufragaran definitivamente.

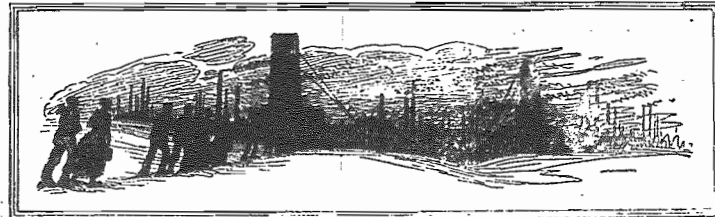
Los casos sucedidos son demasiado dolorosos para citarlos.

Y esto le arrancó una exclamación epigramática y espontánea a una escritora inglesa, quien dijo que Buenos Aires era el cementerio de los mejores artistas, y el pesebre y el forraje de los peores...

Finalizaremos este introito haciendo la salvedad, que las excepciones, a las cuales se aplica este juicio general, no abundan, y, si abundan, no dan señales de su existencia en este mundillo del arte.

Este año artístico que cerró su ciclo de exposiciones con el Salón Libre, iniciado por un grupo heterogéneo de pintores, no concurrido por ningún escultor, no reveló sino valores plásticos resfriados. Atendiéndolos exclusivamente a la producción nacional creemos que fué de una parvedad desoladora. Escasos acontecimientos sobresalientes y pocos expositores que exalten el comentario, lo provoquen, enciendan el elogio incontentado por la atracción incoercible de sus méritos intrínsecos. Nadie, o casi nadie, nos ha dicho con el color, con el barro, con sus estatuas, con sus cuadros, proyectos de arquitectura, aguafuertes y dibujos algo con visos de novedad, que fuese bello en uno o varios de sus aspectos. Nadie, no, nadie tenía nada que decir. Es que raros y contados son los que poseen ese rincón inédito en sus almas, una constelación en su cielo interior, que impregnará de una luz nueva todo lo que amasan recreando lo creado. Es algo obscuro, potente y trágico, más fuerte que la vida, el amor y la muerte; que conduce y guía la existencia atormentada y tormentosa de un Cézanne, de un Van Gogh, para nombrar sólo a dos héroes de la pintura moderna. Eso oscuro y potente, ese rincón inédito, esa zona de fuego, volcán en miniatura, es lo que produce la vocación que impele a dedicar todos los instantes, las horas de una larga o corta existencia, en holocausto a esa quimera embriagadora nunca alcanzada.

¿Cuántos son los pintores, es decir artistas plásticos argentinos que obedezcan a esa fuerza imperiosa que es la absorbente, tiránica y dulce pasión por el arte? Pregunta ociosa: una ínfima minoría. Esto explica la caciquinía, lo exangüe, lo clorótico, la ausencia de virilidad, y un marcado androginismo en la mayoría de las obras expuestas. En cuanto al oficio, la técnica, estamos en la edad de piedra del más difuso, vago empirismo, sazona-



do a veces con una sentimentalidad trasnochada o un preciosismo de mala ley, interpolado de trampas, y mezquinos trucos. Afirmaremos por eso que aquí nadie estudia con seriedad, con el firme anhelo de aprender durante toda su vida, en razón que la existencia de un hombre es muy breve para la eternidad del arte. Atomos, polvareda en el firmamento universal del arte, deberíamos suplir con la humildad, el trabajo diligente, el estudio incansable, la aplicación continua, — los dones privilegiados que nos negó madre natura. Proponiéndonos ser simples artesanos, sin un gran estilo que nos singularice, sin una especial marca de fábrica que nos rotule; sin la morbosa ambición de ser originales que nos haga extraviar, no disfrazándonos para aparecer lo que no somos; en pocas palabras, permaneciendo naturales, huyendo de la afectación, de la énfasis ensobrecida, representándonos con nuestras taras, defectos y fallas, alcanzaremos a poseer una fisonomía que nos distinga de los demás, y no será inferior ni superior, sino diferente. Porque, ni las briznas de hierba del prado, ni las miriadas de hojas del árbol, ni las arenas de la playa, se repiten y son idénticas. Sólo la mirada del hombre vulgar las confunde, sin caracterizarlas individualmente.

Ser sinceros es permanecer fieles a nuestra naturaleza, para serlo después con los elementos que nos rodean. Esta es la guía ética — inalcanzable e hipotética para la mayoría — y que deberían seguir los artistas. Todo lo demás les será dado por añadidura. Técnica, carácter, personalidad, siendo un todo indisoluble, tiene sus raíces en el substrato moral de cada uno. Lo que resta luego, sólo es literatura y metafísica, mala metafísica y pésima literatura. Los que quieren engañar, haciendo trampa a la vida y a sus coetáneos, en el reino del arte, se engañan a sí mismos. En la historia inmemorial de todas las artes queda el tendal de cadáveres, que vivieron como sombras y desaparecieron como sombras deslucidas. Esto le acontecerá a las pasadas y presentes generaciones de artistas argentinos, con sus raras y honrosas excepciones.

Probaremos que no es aventurada la profecía enunciada poco antes. De lo general descendiremos a lo particular, sin detenernos en los minuciosos pormenores que informan la actividad artística del año. La inopia de valores plásticos en el sentido lato de la palabra, nos dispensará de abundar en comentarios. Los premios y distinciones fueron adjudicados, no a las cualidades de la obra, sino a la buena conducta del autor: intérpretese docilidad a las fórmulas manidas y chapucería masculada. El ejemplo típico es la "Chola desnuda" de Alfredo Guido. Tela de un preciosismo epidérmico, con el deseo evidente de parecer chic, elegante, delicado, grácil; proponiéndose realizar proezas armoniosas, finezas de color, grises sutiles y vaporosos, no lográndolo con la justeza y el poderoso contraste de las diversas tonalidades y la robustez de los volúmenes, sino con piedra pómez, lamaduras, glaciés y empastes locales, se valió de los fáciles recursos de una cocina académica. Todo en ese cuadro, pictórico y conceptivamente respira un cansancio atroz, una letal inmovilidad de muerte, una impotencia plástica desalentadora. No hay un solo trozo que se salve. Ni esas piñas, labradas como una miniatura. Y es uno.

Haremos notar de paso, que este pintor, de regreso de un viaje transatlántico, declaró en un reportaje, inserto en "Crítica" del 16 de febrero del año en curso, "que nada teníamos que aprender en Europa, ni pueden darnos una cultura superior a la nuestra". Dios o el diablo haga que esto fuese cierto.

Los otros premios, después del primero, discernido a Guido, fueron otorgados casi con el mismo criterio a los exposito-

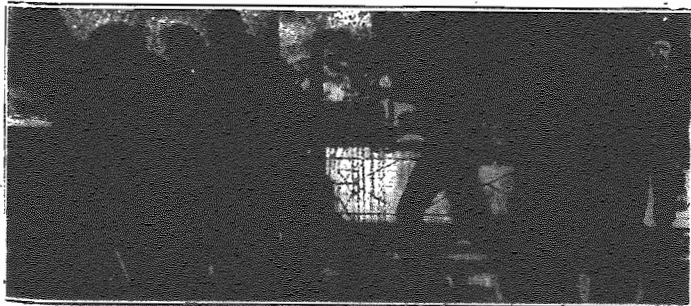
res de la sala de pintura. Tampoco haremos hincapié en esta incidencia, habitual y archiconocida. Apuntaremos sólo que destacando cuatro o cinco nombres de pintores que concurren a esa muestra pictórica, nos basta para quedarnos con las manzanas sanas, entre las muchas no muy sanas, ni gratas a la vista y al olfato. Son Basaldúa, por su "Figura" de sabrosa plasticidad, fray Buttler, Botti, Pettoruti, Cittadini, Villar, Vena, Aratta, Tapia, que si no todos son de igual valor temperamental y artístico, y si muy dispares y opuestos, laboran con provecho en una ascensión continua, aunque más lenta, en unos que en otros. Los demás, cuyos aportes pueden ser valiosos, muchos retroceden francamente, otros se quedan más o menos estáticos, y los menos avanzan con cansado paso. Podrá parecer muy exclusivista nuestro juicio; pero para justificarlo sugeriremos que son legión los premiados, con obras insulsas anodinas. Reconociéndolos a éstos fuera del período del aprendizaje, se comprenderá por qué nos olvidamos de los que forman mayoría. Aunque no sabemos con quién quedarnos, con un López Naguil, con un Mazza, con un Pinto o con un Muñio, por ejemplo, actor amateur y pintor de tablas. No enumeremos más y "glissons" sobre esa mayoría, ya que nadie nos lo agradecería y tampoco deseamos llevar el desaliento a nadie. También es necesario poner en evidencia que tanto los viejos y jóvenes maestros observaron un prudente austerismo. Si se pudiera argumentar contra nuestro criterio una obra con algún atributo capital de una belleza plástica incontestable, en un sentido o en otro, nos leeríamos, abandonando nuestro estrecho sectarismo. Si los mismos que hemos citado por sus nombres no satisfacían una crítica exigente, ¿qué podríamos decir de los otros? En escultura aconteció algo idéntico. Exceptuamos a Luis Falcón con su estatua votiva "Flamma extinguida", de cadencia armoniosa y de sereni- dad patética; luego algunos más, como Curatella Manes, Rovatti, no con "La buena palabra", talla en madera, deficiente- sísima, sino con la cabeza de Botti; Gar- gullo, con su demasiado humilde "Humildad", las cabezas benilustrescas de Juan Leones, Soto Avendaño, con muy buenas intenciones en su estatua "Des- pertar", y se nos concluyó la lista. En ar- quitectura, lo único que nos interesó fué el proyecto presentado por Alberto Pres- bich y Ernesto Vautier. He ahí el balance magro de este salón primaveral, mal irre- mediable, laga incurada y abierta, que infecta e inficiona a todos los que se le acercan, con el mercantilismo de la hora presente, agostadora de talentos en flor, paralizadora de volúmenes, verdadero re- fugio de inválidos y lisiados, cuyos ge- nuinos representantes son Christopher- sen, Cupertino del Campo y etc.

Las exposiciones personales no revela- ron tampoco un valor nuevo, pasablemen- te novedoso, ni detonante. Es cierto, tuvi- mos el acontecimiento Pettoruti, la im- portación del cubismo, pero fué un su- ceso literario y escandaloso, más que pu- ramente plástico. No negaremos su valor revulsivo y en cierto modo bienhechor para muchos. La parécía, que hiciera un grupo anónimo de pintores de esta espe- cial modalidad del arte, nos demostró cuán impregnado se halla nuestro ambien- te artístico de cobardía y de sordidas pa- sioncillas. Resultó una fiesta de cuervos o de buhos que les ciega una débil lue- cita que ellos confunden con el sol.

Fader, Cordiviola, Guillermo Buttler, Botti, Agustín Rigarelli y muchos otros, que sería largo detallar en una corta re- seña, reafirmaron sus valores antiguos, sin añadir mucho a su labor pasada.

En resumen, hubo mucho ruido y muy pocas obras que hagan época y dejen un recuerdo duradero tras sí.

¿Decadencia del arte plástico argen- tino? — se preguntará. No, porque para



INGUINBERTY. — "Los Mineros"

se poseían un capitán atra- la, hoy Bulga- la tierra donde- mente. Casi to- bates con las- milicias turcas- sa, uno contra- chaban por al- libertad. Cerca- or el centro de- (el año mismo- una bala que- ntaba tan altos- n a la vida del- en Bulgaria.

ugar donde ma- revolucionarios- sas en la revo- como las que- iado parisiense- s, palidecen las- ta Cruz. La in- orrada con hie- nsan ellos. Mas- abaja para con- n tumba de los

STRESOR

ADOS

ROTESTA

ca Francia. n—Un tomo- tica, \$ 1.50,

or Sebastián- e 310 págs.- nda edición- udio y répli- o y R. Mella- s, \$ 1.00- Sebastián Fau- ágs. En rús- adernado en

El Estado. Estado- otine. Un to- tica, \$ 0.50. a, \$ 1.50 — bre la anar- bri. En rús- ela \$ 1.50.— maria, por A.

ron a Tony, todavía cachorro, éste tuvo que buscarse el sustento, y de no mediar los vecinos, quines de en tanto en tanto le daban algún bocado de comida o huesos para roer, hubiera perecido de hambre. Pero el patrón, torpe razonador, se aferraba tozudamente a la idea de que Tony se hallaba atacado de hidrofobia. En su interior tampoco consideraba cometer una mala acción. Era más; al satisfacer a la muchedumbre furiosa, cumpliendo con un deber, creía firmemente realizar un sacrificio muy penoso, aunque nunca hubiese amado con exceso a Tony. Por lo menos su cariño tuvo manifestaciones asaz curiosas: con puntapiés gritos destemplados y, lo peor de todo, ausencia absoluta de comida. Ya llegaba el grueso de la comitiva a la puerta del corralón, lugar del suplicio...

Tony seguía en el mismo estado de ánimo. La alegría bailoteaba en sus ojos acompañada con el movimiento vivaz y enérgico del muñón de su cola... Al ser arrastrado hasta los fondos del extenso patio, dejéase-atar a la rueda del carro de su patrón, que luego le serviría de caballo. Como sabía que nada había hecho, nada temía. Era la conciencia tranquila del justo, sentimiento natural de los corazones cándidos... Al fin se encontraba en su casa, a salvo de todo peligro... Y en el colmo de su felicidad, se atrevió a emitir unos ladridos alegres, casi jocosos, dirigidos al corro que lo rodeaba, situado a una distancia prudential. Su presunto verdugo se alejó del grupo unos instantes, y ahora salía de su rancho con una escopeta de doble cañón. El reo, inconsciente de todo lo que se tramaba a su alrededor, con su hocico al aire, husmeando, recibió con festejos y ladridos al dueño que se había acercado, mirándole con sus ojos humanos, transparentes, húmedos y de una profunda ternura. Sólo cuando éste se echó la escopeta a la cara para apuntar pudo ver como esas pupilas humanísimas se dilataban por el asombro, la curiosidad, que yo interpreté como una interrogante angustiosa. Esto duró un segundo, un verdadero átomo de eternidad. Simultáneos sonaron los dos tiros. Cayó con la cabeza fracturada, salpicando de sangre al patrón, al muro y a los circunstantes... Quedó con los ojos salidos de la órbita, agrandados por el subitáneo terror, o por una estupefacción ilimitada, estremeceado su cuerpo por los estertores de la agonía... Los curiosos se habían arremolinado alrededor del muerto, con las pupilas que fosforescían por una malsana y perversa curiosidad, contemplando al que ellos sabían limpio de toda culpa, y que nos de lo que precisamente se le acusaba. Y ahora que estaba bañado en sangre, hurgaban con sus miradas la horrorosa herida, tejiendo y destejiendo comentarios burlescos y chocarreros...

Los que presenciaron la ejecución fueron desgranándose uno tras otro. Como sucede con la justicia de los hombres, la vindicta pública había sido saciada con una víctima más, y la salud del pueblo que nunca peligró, también estaba a salvo. Me acerqué al que acababa de morir. Me reprochaba ese crimen como si lo hubiera cometido yo. En esa su mansedumbre, adiviné su inmaculada inocencia y su tragedia de bestia mansa a la merced de los lobos humanos.

Echado sobre un charco de sangre, que empezaba a coagularse en grumos, su cuerpo no se estremecía ya. Miré a mi alrededor, nadie había. El patrón sólo quedaba, y en el dintel de la puerta de su rancho, limpiaba los caños de la escopeta. Insombrecíase el patio y acallábanse los rumores. Entonces yo me incliné sobre el que acababa de expirar, con el afán de hallar y beber con mis pupilas esa postrera, maravillosa ternura que raramente había encontrado en ojos humanos — y que se refugiaba en los ojos del can victimado... Me incliné, como si me hallara en el cabezal de mi mejor amigo, que al partir para siempre le despediría con una mirada profunda y un apretón de manos. Esos ojos caninos, aun no velados por el hielo de la muerte, conservaban esa luz de bondad y también el asombro de los que se van de este mundo extrañados del mal que se les hace inmerecidamente... De uno de sus ojos brotaba una sola lágrima...

AT.

No hay cosa más difícil de figurarse que la profunda indiferencia de la naturaleza. — GUYAU

RUDOLF ROCKE

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín, Verlag "Der Syndikalist")

Mejoramientos innegables.

No se nos diga que no se puede hablar de una elevación de la situación del proletariado, que hasta los esclavos de la antigüedad y los obreros de los gremios de los siglos pasados, desde un punto de vista económico, habrían estado mucho mejor que el actual asalariado, pues que su existencia económica estaba mucho más asegurada, y que en consecuencia sólo debe constatarse un empeoramiento de la situación proletaria. Si se quiere hacer efectivamente comparaciones y determinar si tuvo lugar una elevación o una caída de la situación general, sólo es posible cuando se limitan las comparaciones a un determinado período social y no se confunden cosas en cuya aparición cooperan condiciones previas totalmente diversas. De ese modo se puede formar uno un juicio sobre los resultados de las continuas luchas del moderno proletariado industrial, si los comparamos sólo en los cuadros del moderno sistema capitalista, pues toda otra comparación debe llevar a inevitables sofismas.

Y léase ahora de nuevo las trágicas descripciones sobre la vida general del proletariado en el período inicial del capitalismo, según los informes de los inspectores ingleses de fábricas que supo

apreciar tan felizmente Marx en *El Capital*. O tómense libros como el de Buret, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, a quien tanto tiene que agradecer Friedrich Engels para la concepción de su primera obra: *Die Lage der arbeitenden Klassen in England* y se comprenderá justamente la espantosa miseria de la población proletaria de aquel tiempo. Cuando el inglés Arthur Young declaró en la concepción de su viaje por Francia antes del estallido de la gran revolución, que amplias partes de la población agrícola francesa sólo podían compararse con animales, quienes, a consecuencia de la enorme miseria habían perdido todo rasgo humano, tal calificación apenas sería exagerada con respecto a las grandes masas del proletariado industrial en los períodos iniciales de la revolución capitalista.

La enorme mayoría de los obreros vivía en agujeros miserables y debía pasar catorce o quince horas en el presidio de la industria, donde no se atendía a la vida y a la salud de los explotados por ninguna especie de instalaciones higiénicas. Y eso por un salario que no bastaba para poder satisfacer las necesidades más primitivas de la vida. Cuando los trabajadores de aquellos tiempos al fin de la semana podían reunir bastante para comprarse el reino celestial por unas ho-

ras, mediante una borrachera de agua dulce, habían obtenido lo más que se podía obtener. Y léase ahora lo que los autores coetáneos han sabido informarnos sobre la perversión moral y el abismo espiritual de aquellos desgraciados. Se ven los cabellos de punta cuando se leen esas descripciones, que hoy parecen casi increíbles. Y esa terrible explotación de trabajo humano no se limitaba sólo a los hombres y a las mujeres del proletariado, extendía también sobre los niños proletarios su círculo corruptor y favorecía su mortalidad hasta un grado tal que Richard Carlyle y otros pudieron hablar con derecho de una espantosa repetición de mayor escala de la matanza betlemense de niños.

Y la situación era la misma que en la Inglaterra en todas partes donde el capitalismo se elevó a sistema. Pasaron décadas antes de que los obreros fueran capaces, con ayuda de sus organizaciones económicas, de conseguir un mejoramiento paulatino en su situación. El más tímido mejoramiento tuvo que ser arrancado al capitalismo en continuas luchas. Ninguna ley, ningún gobierno acudió a la ayuda de los proletarios; éstos debieron conquistarse cada pulgada de terreno de sus derechos por sí mismos, imponiéndose enormes sacrificios. Hasta allí donde las asambleas legislativas o los órganos del gobierno se vieron torzados por la presión de afuera a dar la sanción legal a ciertos mejoramientos, los trabajadores no pudieron disfrutar tranquilamente esas conquistas, pues en la primera ocasión, el capitalismo, sediento de explotación, les disputaba de nuevo esas mejoras, aún cuando el gobierno les había impuesto ya el sello de ley.

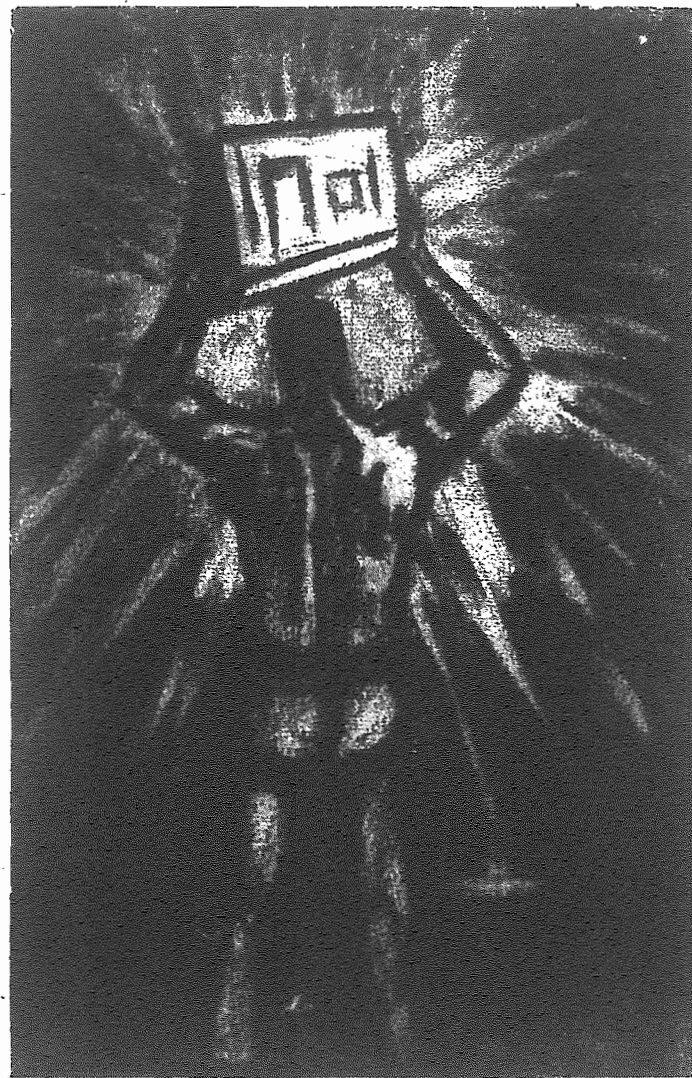
Ciertamente el obrero está hoy aún sometido a todas las crisis y cambios del sistema capitalista, y la miseria social todavía uno de los fenómenos característicos de la sociedad actual. Y lo será mientras el maldito sistema de la explotación del hombre por el hombre, pueda sostener su existencia. Pero sin embargo sería falso querer afirmar que la situación de los trabajadores es todavía la misma que la de sus predecesores del período inicial del capitalismo. Únicamente una sofística absurda podría tratar de justificar semejante afirmación.

Significación de la lucha por las mejoras inmediatas.

Si, hay una diferencia entre trabajar ocho o nueve horas por día en lugar de trece o catorce. Si, hay una diferencia entre ganar sólo para poder satisfacer las necesidades más urgentes de mi existencia material y ganar algo más, para hacer posible una cierta instrucción o mi ser moral y espiritual. El obrero de hoy no sólo presenta demandas materiales mayores, que implican superiores condiciones de vida; tiene además una gran cantidad de necesidades absolutamente desconocidas a sus antecesores. En vastos círculos obreros se sabe apreciar hoy el valor y la posesión de un buen libro. Se siente la necesidad de visitar de tanto en tanto un teatro o un concierto y de disfrutar de otras conquistas culturales. Esas necesidades se han incorporado ya a la existencia de millones de proletarios y exigen categóricamente una satisfacción. Por consiguiente, es lógico que el obrero se asocie en sus iguales para crear las posibilidades materiales de esas satisfacciones. Es continua lucha por la satisfacción de más elevadas demandas a la vida, constituyen una de las páginas más importantes del moderno movimiento obrero. Si se fuese así, todo el movimiento, las innumerables luchas de los trabajadores contra el capitalismo en pro del mejoramiento de su situación, no habrían tenido objeto alguno. Sólo un loco, un hombre extraño completamente a la vida, podría atreverse a sostener eso.

Y aquí llegamos a la significación cultural general de las organizaciones obreras y de sus luchas continuas contra los sostenes del orden social capitalista. La agrupación económica de los productores no es para los proletarios únicamente un arma para la conquista de mejores condiciones materiales de vida, es para ellos simultáneamente, una escuela práctica, un lugar educativo donde se expande la manera más pródiga la enseñanza de la instrucción. Las experiencias y acontecimientos prácticos de luchas cotidianas hallan su condensación espiritual en la organización de los trabajadores, profundizan su conocimiento interno y amplían sus perspectivas intelectuales.

(Continúa)



Perfeccionate y ese libro se convertirá en fusil libertador